TIEMPO INVERTIDO

GLENN PARRISH



BOLSILIBROS BRUGUERA

SERIE

LA CONQUISTA DEL ESPACIO

TIEMPO INVERTIDO

Título Original: *Tiempo Invertido*

Colección: La Conquista Del Espacio 66
ISBN: 0000000000000000000
Generado con: QualityEbook v0.35
Generado por: Anset, 05/04/2012

CAPÍTULO I

—Un descubrimiento maravilloso, doctor Maurer —dijo Critton Sphax, después de ver las primeras pruebas de laboratorio.

—Pero, ¿sirve para algo? —preguntó Tim Cornally.

Sphax fulminó con la mirada al indiscreto.

—Habla sólo cuando se te pregunte, bestia —dijo dulcemente—. Continúe, doctor.

—Bueno, ya lo han visto todo —contestó Maurer—. Mi fórmula es la base para lograr una droga no digo que rejuvenecedora, pero sí mantenedora de la buena forma física y, en suma, prolongar la vida, por lo menos, el doble de la media actual.

—Que es de unos noventa años, ha dicho antes, doctor.

—Según las últimas estadísticas, la media de la vida humana, actualmente en la tierra, es de noventa y dos años y tres meses.

—Le regalo mis tres meses, doctor —dijo riendo Dandy Yath.

Sphax pensó: «Como sigas diciendo estupideces, le vas a regalar los sesenta años que te quedan». Y arreó al otro una suave patada en la pierna, que le hizo empezar a dar saltos por el laboratorio a la pata coja.

—Dispénselos, doctor —se excusó—: Son unos brutos, pero no me queda otro remedio que tenerlos a mi servicio. Un hombre importante recibe muchas amenazas, tiene numerosos enemigos y es necesario que se proteja a toda costa. Naturalmente, tiene que emplear a sujetos de poco seso, pero de fuertes músculos.

Maurer emitió una sonrisita de circunstancias.

—No tiene importancia, señor Sphax —dijo. Y, con cierta ansiedad, agregó—: Supongo que ahora ya no le importará otorgarme una subvención más amplia, a fin de continuar mis experimentos.

—Por supuesto —accedió Sphax con expresión benigna—. Pero antes necesitaría algunas aclaraciones, doctor.

—Usted dirá.

—Antes ha hablado del éxito de sus experimentos. Lo único que hemos visto aquí es que varios animalitos, en edad adulta, según usted, han envejecido rápidamente y muerto en un espacio de tiempo muy corto.

—Por supuesto, pero es que la «chronilina»…

Sphax arqueó las cejas.

—¿«Chronilina»? —repitió.

—Bueno, yo le he dado ese nombre. Viene derivado del griego Chronos, que usted sabe, significa tiempo…

—Ah, ya, continúe, doctor. Estábamos hablando de la «chronilina».

—Usted tiene razón. La aplicación de las primeras dosis de «chronilina» a los sujetos experimentales ha causado un rápido deterioro de sus células, lo que, indefectiblemente, se ha traducido en envejecimiento. Pero hemos de tener en cuenta que es el primer paso para hallar la que un día llamaremos «chronilina-2», que es la que realmente producirá efectos de rejuvenecimiento en el ser humano.

—No lo entiendo mucho, a decir verdad, doctor.

—Bueno —siguió Maurer pacientemente—, imagínese usted que ha inventado un motor que sólo sirve para la marcha atrás. Tendría ya una base para inventar el motor que sirviese para la marcha adelante.

—Yo invertiría la posición del motor en el vehículo —sonrió Sphax.

—Justo, amigo mío. Pero invertir la posición de un motor en su vehículo es mucho más fácil que hallar la fórmula inversa a mi invento. No se puede decir: «Puesto que la fórmula está compuesta por las sustancias A, B, C, D, E, etc., ahora, la fórmula rejuvenecedora estará compuesta por las mismas sustancias, en orden inverso, es decir, E, D, C, B, y A…» No, no se puede decir eso, porque la proporción puede ser mayor o menor y tal vez se necesita añadir ciertas dosis de las sustancias F y G o poner menos dosis de la B o de la D. Todo lo que le digo no es más que un ejemplo, para que lo comprenda usted con toda claridad.

—Le he entendido perfectamente, doctor Maurer —aseguró Sphax—. Hablando francamente, tiene usted todavía para tiempo antes de hallar la fórmula de la «chronilina-2».

—Bastante, a decir verdad —admitió Maurer con un profundo suspiro.

—Y dígame, doctor, aplicada la «chronilina» actual a un ser humano…

—Oh, yo no aplicaría jamás la droga tal como es hoy día a un ser humano —exclamó el científico.

—Era sólo una mera suposición —sonrió Sphax—. Simple curiosidad, doctor. ¿Envejecería esa persona con rapidez?

—En todo caso, depende de la dosis, señor Sphax.

Los negros ojos de Sphax fueron hacia el frasquito que estaba situado en un estante próximo y que contenía como medio litro de un líquido de color ámbar.

—Una dosis de un centímetro cúbico, tomada por vía oral, causaría un efecto de envejecimiento de veinte o más por uno —agregó Maurer—. Pero yo quiero que mi descubrimiento provoque el efecto totalmente opuesto.

—Muy lógico, doctor —aprobó Sphax—. Pero, ¿qué significa esa cifra veinte a uno?

—Muy sencillo, envejecer veinte años en uno.

—Oh —murmuró Sphax—, ya entiendo.

—Magnífico —exclamó Maurer—. Y ahora, ¿qué hay de la subvención?

—Ah, sí, la subvención. Tim, ¿quieres pagar al doctor?

—Con mucho gusto, señor Sphax —contestó Cornally.

Maurer se volvió hacia el sujeto, encontrándose ante la boca de una pistola provista de silenciador.

Los ojos de Maurer se dilataron de horror. Fríamente, a un metro de distancia, Cornally le metió tres balas en el pecho.

Sin inmutarse, Sphax alargó la mano y se apoderó del frasco que contenía la «chronilina».

—Hay que pegar fuego al laboratorio —dijo—. De este modo, la muerte de Maurer parecerá un accidente.

—Pero, si encuentran las balas en sus restos…

—¡Imbécil! —exclamó Sphax, colérico—. ¿Cuántas veces he de decirte que las balas que usas se disuelven en el cuerpo humano?

—Oh, es verdad, jefe —contestó Cornally, sonriendo con expresión de alivio—. Ni me acordaba ya, se lo aseguro.

Sphax torció el gesto. «Tengo planes de altos vuelos y estos tipos son brutos. Necesito otros subordinados más inteligentes…, pero, por el momento, no me queda otro remedio que seguir teniéndolos a mi lado»,

pensó.

* * *

Sin el menor velo. Minerva Oxford se contempló en el espejo, orgullosa de la perfecta armonía de su figura. Era una mujer alta y hermosa, de abundante cabellera rubia y ojos muy azules. En realidad, se llamaba Jane Jones, pero el nombre auténtico había horrorizado al director artístico que la descubrió y le había puesto el otro, mucho más rimbombante y atractivo.

Ello había sucedido ya casi veinte años atrás, lo cual significaba que Minerva andaba bordeando la cuarentena. Pero los cuidados de estética y cosmética y los severos regímenes dietéticos a que se sometía habían retrasado en su cara y figura el paso del tiempo, de tal manera, que no había nadie capaz de darle treinta años.

Minerva lo sabía y se sentía orgullosa. Para ella, belleza significaban fama y dinero. «Todavía tengo cuerda para rato», se dijo.

Además, aunque le gustaba el lujo, era bastante ahorrativa y tenía buenos consejeros económicos, de modo que tenía una fortuna muy saneada. A Minerva no le gustaban los derroches inútiles.

Para mayor suerte, se había casado años atrás con un hombre riquísimo. Su esposo, muy ocupado en amontonar dinero, no se ocupó demasiado de su corazón y Minerva, a los treinta y cinco años, se encontró de nuevo libre… y joven y hermosa y enormemente rica.

Ahora Minerva sostenía un flirt. Era un hombre de su edad, más o menos, muy viril y apuesto, con sienes ligeramente grises. Minerva era lo suficientemente inteligente para conocer a los hombres y sabía que su pretendiente no buscaba el dinero. La actriz estaba pensando seriamente en casarse de nuevo.

—Tal vez me retire y…

De pronto, llamaron a la puerta del dormitorio, tan grande como medio campo de fútbol.

—Pase —dijo, mientras corría a ponerse la bata.

Una doncella uniformada entró, con una bandeja en la mano. Sobre la bandeja se veía un sobre de forma alargada.

—Una carta para usted, señora —dijo.

—¿Ya ha llegado el correo, Susana? —preguntó Minerva, extrañada.

—Oh, no, señora; la trajo un mensajero. Dijo que no esperaba respuesta y se marchó.

—Gracias, Susana.

La doncella salió del dormitorio. Minerva rasgó el sobre y extrajo de su interior una cuartilla doblada en cuatro pliegues.

Fue a leerla, pero, de pronto, se acordó de que necesitaba las gafas. Después de ponérselas, leyó:

> *«Querida señora Oxford: Es usted, además de una magnífica actriz, una mujer de belleza arrebatadora. Pero ya no es una jovencita, aunque posea la cara y la figura de sus veinte años. Sería horrible convertirse en una vieja, de cuerpo esquelético, senos fláccidos, pelo blanco y cara llena de arrugas, ¿no cree?*
>
> *»Puede seguir conservando su hermosura, pero ello le costará un millón de neodólares. Vaya reuniéndolos, en billetes pequeños y sin marcar. Dentro de ocho días, recibirá una nueva carta con instrucciones.*
>
> *»Suyo afectísimo, y admirador,*
>
> »Dr. Chronos.»

Minerva se quedó con la boca abierta unos momentos.

Luego rompió en una estentórea risotada.

—¡Los hay chiflados! —dijo.

Y sin más, rompió la carta en mil pedazos y los tiró al aire.

Acto seguido, se sentó ante el tocador. Una hora más tarde, tenía una cita con su pretendiente y quería aparecer más bella que nunca.

CAPÍTULO II

Los ojos de Kit Orlan siguieron con la vista los menores movimientos del roedor. La boca se le hacía agua, pensando en un buen muslo de conejo asado en las brasas.

El conejo olfateaba receloso. Dio unos cuantos pasos y cayó en la trampa. Inmediatamente, empezó a chillar.

Orlan saltó hacia adelante.

—Ya tengo comida —se dijo, satisfecho.

Una voz imperativa sonó, cuando ya alargaba la mano hacia el pataleante roedor:

—¡Quieto ahí, granuja!

Orlan se inmovilizó. Una mujer apareció en los arbustos próximos.

—Está en propiedad ajena —dijo ella—. Suelte el conejo y déjelo que marche.

—Sí, señora —contestó Orlan resignadamente. Instantes después, el conejo escapaba a todo correr—. Ahí se marcha mi comida —añadió con acento lleno de melancolía.

—El delito no es muy grande, por eso le dejaré seguir el mismo camino que el conejo, pero en dirección opuesta —dijo la mujer.

Orlan se volvió hacia ella.

—Siento lo ocurrido —se disculpó—. No sabía que estuviese en una propiedad privada.

—Esto es May Park —informó la joven. De pronto, adelantó un poco la cabeza, a la vez que entornaba los ojos—. Yo le conozco a usted —manifestó.

Orlan estudió la cara de la joven que tenía ante sí, una chica de veintitantos años, estatura mediana y pelo castaño, vestida con blusa y pantalones cortos.

—Su cara no me es desconocida tampoco —dijo—. Me llamo Kit Orlan.

—¡Orlan! —exclamó la chica—. Soy Colleen May. Primer curso de matemáticas, Sexta Universidad. Usted terminaba la carrera entonces, señor Orlan.

—La diferencia de cursos es muy notable —sonrió él—. Pero yo no la recuerdo a usted…

—He visto su fotografía algunas veces en los periódicos, capitán Orlan.

—Ah, de modo que sabe quién soy, señorita May.

—Sí, y me extraña sobremanera verle por May Park, como un cazador furtivo, con ese aspecto…

Orlan se contempló unos momentos a sí mismo. Sus ropas no tenían demasiado buen aspecto y su cara estaba cubierta por una barba de varias semanas. Luego miró a la joven y sonrió.

—Sí, ciertamente, parezco un vagabundo, pero no conviene fiarse de las apariencias —contestó.

—Bueno, me extraña mucho verle de esta forma —dijo Collen—. Sería más lógico verle en el puente de mando de una astronave…

—Estoy harto del espacio, señorita —declaró Orlan.

—Tenía usted una carrera muy prometedora.

Orlan se encogió de hombros.

—Pero muy sujeta, demasiado fatigosa y harto mecánica —contestó —. Un buen día me cansé de todo y decidí vivir libremente… al menos, una temporada.

—¿Cazando conejos?

—La verdad, me paseaba por el campo. Este lugar es muy hermoso y quise probarme a mí mismo si era capaz de poner una trampa, como lo hacía cuando era un chiquillo. Siento haber entrado en sus tierras, señorita May.

—No son mías, sino de mi tío Jonathan. Vivo con él desde hace muchos años.

—Ah, el ilustre Jonathan May —sonrió Orlan.

—Era hermano de mi padre. Yo me quedé huérfana a los quince años. Mis padres iban en la Scorer.

—Recuerdo el hecho. La astronave se estrelló en el momento del aterrizaje.

Collen hizo un gesto de asentimiento.

—Le ruego me disculpe si mis palabras han sido duras —manifestó—. No tuve intención de ofenderle, capitán.

—Bah, olvídelo —dijo Orlan, riendo—. El placer de verla a usted de nuevo bien vale un conejo en libertad.

Colleen sonrió agradablemente.

—De todas formas, si tanto interés tiene en su presa… Bueno, le permito que monte su trampa de nuevo. Con una condición, capitán.

—¡Hum! —dijo él—. Sospecho que me va a pedir un trozo de conejo asado.

—Hace tanto tiempo que no lo pruebo —suspiró ella— ¿Conseguirá atraparlo, capitán? —preguntó súbitamente, con cierta ansiedad.

—Si no es aquél, será otro —respondió Orlan—. Pero llámeme Kit, se lo ruego.

—No se olvide usted de mi nombre —sonrió la joven.

Orlan se arrodilló.

—De acuerdo, Colleen. —Mientras montaba la trampa de nuevo, dijo—: Vamos a ver si dentro de una hora estamos comiendo conejo asado.

* * *

Minerva Oxford leyó la segunda carta y frunció el ceño. Sin saber por qué, la guardó en el bolso.

Estaba a punto de salir de casa, cuando le dieron la carta. Minerva abandonó su dormitorio, cruzó un par de salas y apareció en la terraza.

El chófer aguardaba ya en la puerta, junto al aeromóvil que utilizaba corrientemente la artista. Ella entró en el vehículo:

—Al Groppie’s, Arturo —dijo.

—Bien, señora.

Una hora después, Minerva, alta, elegantísima con su audaz indumentaria, entraba en el Groppie’s, uno de los locales más selectos de la ciudad. Tenía una cita allí con su pretendiente.

Minerva buscó una mesa. Pronto se dio cuenta de que había llegado antes de la hora.

—Soy demasiado puntual —se dijo, mientras el camarero le servía un martini.

Sacó un cigarrillo y alguien acercó un mechero encendido.

—Hola, Jane Jones —dijo un hombre.

Minerva encendió el cigarrillo y luego echó el humo a la cara del hombre.

—Hola, Kit Orlan —saludó.

—Cada día más guapa —elogió Orlan—. ¿Cómo te las arreglas para detener el tiempo?

Ella dejó de sonreír repentinamente.

—No me hables así, Kit —contestó con acento desabrido.

—Perdona, pero no quise ofenderte. ¿Puedo sentarme?

—Tendrás que levantarte pronto. Estoy esperando a un amigo.

—Pretendiente, seguro.

—¿Es malo tener un pretendiente, Kit?

Orlan se echó a reír.

—Tú ya sabes por qué no te pretendí nunca —dijo.

—Sí, lo sé muy bien. Cinco años de; diferencia entre ambos, mi ambición y tu afición a la astronáutica.

—Exacto, pero no vamos a hablar de ello ahora, Minerva. ¿Qué tal te encuentras ahora?

—Ya se me ha pasado —sonrió la actriz.

—Te costó mucho superar el trance, ¿no?

Minerva hizo un gesto de asentimiento.

—La gente cree que soy frívola e inconstante, pero tengo mi corazoncito, Kit —respondió—. Amaba mucho a Urban.

—Lo sé. Tu difunto esposo se preocupaba demasiado de los negocios. Hacía todo lo contrario de lo que yo hago ahora.

—¿Qué haces, si puede saberse, Kit?

—Vivir, Minerva —contestó él—. Me gusta mi profesión, pero me ataba demasiado. Empezaba ya a flaquear de los nervios y soy demasiado joven para acabar en un manicomio. La tensión es excesiva, ¿comprendes?

—Has hecho bien —aprobó Minerva—. Entonces, ahora no trabajas.

—No. Puedo hacer el vago todavía un año o dos. Después… Bueno, ¿qué importa el tiempo!

—¡Por favor. Kit! —dijo ella crispadamente—. No vuelvas a mencionar esa palabra.

Orlan frunció el ceño.

—Minerva, a ti te pasa algo —adivinó—. ¿Por qué no me lo cuentas todo? Hace veinte años, nuestras familias tenían una gran amistad y vivíamos en casas contiguas. Entre tú y yo hubo siempre gran confianza,

a pesar de que siguiéramos caminos distintos…

Ella suspiró hondamente.

—No te lo vas a creer, pero… ¡lee! —contestó.

Abrió el bolso y le entregó la carta recibida poco antes. Orlan desplegó el papel y leyó:

> «Ha pasado el plazo transcurrido. Si tiene el dinero reunido y a punto, haga una señal con las luces de su dormitorio. Enciéndalas y apáguelas tres veces, deje pasar quince segundos y repita la operación. A las doce en punto de esta misma noche.
>
> »Si no vemos la señal, entenderemos que rechaza mi proposición anterior. No le concederemos una nueva oportunidad y antes de un mes su hoy radiante belleza no será sino un vago recuerdo en su mente y en la de los demás.
>
> »Suyo afectísimo y admirador,
>
> »Dr. Chronos.»

—¡Caramba! Esto parece una broma pesada —exclamó Orlan al leer la misiva.

—Un millón de neodólares no es una broma pesada, Kit —dijo ella, muy seria.

Orlan silbó.

—Nada menos que un millón…

—Así como lo oyes. Tienes que fiarte de mi palabra, porque rompí la primera carta…, pero este maldito chantajista es capaz de regarme la cara con vitriolo si no le pago —exclamó Minerva furiosamente.

Los dedos del astronauta tabalearon sobre la mesa.

—Minerva, ¿aceptarías mi ayuda? —consultó.

Ella vaciló.

—¿No te crearás un compromiso, Kit? —dudó.

—Querida, entre la familia Jones y la familia Orlan existió siempre una gran amistad —respondió él—. La amistad no se demuestra sólo felicitando un cumpleaños o invitando a cenar en alguna ocasión.

—Entiendo. ¿Se te ocurre alguna idea, Kit?

Orlan lanzó una ojeada a su reloj.

—¿Te interesa mucho la cita? —preguntó.

—Hombre… Se retrasa mucho, ésta es la verdad —sonrió ella de mala gana—. Los negocios…

—Negocios, negocios —refunfuñó Orlan—. Con lo fácil que es vivir

sin preocupaciones.

Se puso en pie.

—Vámonos, Minerva —dijo—. Todavía son las seis de la tarde, pero antes de que den las doce de la noche, hay muchas cosas que hacer.

CAPÍTULO III

Los ojos de Jonathan May contemplaban la figura que aparecía en la pantalla de su videófono. Correspondía a un hombre de mediana edad y aspecto de expresión astuta.

—De modo que usted cree…

—Sí, amigo May —contestó el otro—. A mi entender, Miklos Gyordzany es el candidato adecuado. Rectitud, honestidad, inteligencia y visión de futuro. Hay mucha corrupción ahora en el Gobierno; estoy seguro de que si Gyordzany alcanzase la presidencia, se corregirían muchos de los males actuales.

—Quizá sea así, pero…

—May, no vacile. Es cierto que cuando un hombre llega al poder, tiene que atender a los muchos compromisos contraídos con anterioridad, pero cuando se es hábil e inteligente, resulta fácil complacer a todos, sin por ello empañar el buen nombre adquirido con anterioridad. Y, además, el hombre de esas cualidades hace «limpieza», que es lo que verdaderamente estamos necesitando. Pero, May, ¿no recuerda usted lo que sucedía en la General Supplies hasta que Gyordzany fue nombrado presidente?

May hizo una mueca.

—Lo recuerdo demasiado. Aquellas acciones estaban por los suelos…

—Debido a la incompetencia y a la corrupción del alto personal. Había muchos protegidos políticos y Gyordzany los barrió a todos. En seis meses, la G. S. había dado un cambio radical y sus acciones se cotizaban a cuatro puntos y medio sobre el nivel oficial.

—Sí, pero la G. S. no es el Gobierno…

—Los tests psicológicos a que se ha sometido Gyordzany no mienten. Son tests del subconsciente; ahí no vale decir «soy honrado» de labios

para afuera. Voluntariamente, se sometió a las pruebas. Los resultados fueron magníficos.

—Está bien, déjeme que me lo piense veinticuatro horas, amigo Latimer. Mañana a esta misma hora le daré mi respuesta.

—Que será afirmativa —rio Latimer.

Colleen entró en el despacho de su tío momentos después.

—Latimer me propone que apoye a Gyordzany para presidente —dijo May, mientras tomaba los documentos que ella le había traído.

—He oído hablar muy bien de él —contestó la joven—. ¿Le apoyarás?

—En política, soy un tanto escéptico. También el actual presidente parecía que iba a ser el mejor de la era actual y su Gobierno es ahora una cueva de ladrones. Tendré que pensármelo, querida.

—A mí la política no me interesa —sonrió Colleen—. Mira a ver si hay alguna carta que hayas de contestar con urgencia y lo haré en el acto.

—Muy bien.

May revisó rápidamente la, correspondencia privada, que era recibida en su residencia y de la que se encargaba la muchacha. De pronto, Colleen vio que su tío rompía una carta y la tiraba al cesto de los papeles.

—Bah, tonterías —le oyó refunfuñar.

—¿Qué decía esa carta, tío? —preguntó ella.

—Un chiflado, Colleen. Pedía un millón de neodólares a cambio de no echarme años encima.

La chica se echó a reír.

—Vamos, ni que fuera el doctor Fausto, pero al revés —comentó jocosamente.

* * *

Kit Orlan había estudiado la situación de la residencia de su amiga. Había estado en su dormitorio y explorado visualmente el panorama circundante.

La luz de la estancia podía divisarse desde varios puntos. Tras algunas reflexiones, Orlan se decidió por una colina situada a unos ochocientos metros, de poca altura y abundante vegetación.

A las once de la noche se hallaba ya en el lugar elegido. Después de discutirlo con Minerva, habían acordado que la actriz no haría las

señales solicitadas.

—Atraparé al observador y le haré «cantar» —afirmó Orlan, seguro de sí mismo.

Porque el observador, estimaba, sería miembro de alguna banda de chantajistas. Si no conocía al jefe, sí conocería a quien le podía señalar una pista definitiva.

Recorrió distintos puntos de la colina, eligiendo al fin el que le pareció más adecuado. Sería cuestión de suerte, se dijo.

Pero esperaba tenerla. Agazapado tras un frondoso arbusto, dejó pasar el tiempo.

Poco después de las once y media oyó unos pasos cautelosos. Acostumbradas las pupilas a la luz, no tardó en divisar la silueta de un individuo, que llevaba un objeto en la mano.

Se trataba de un par de prismáticos. Tim Cornally enfocó el aparato óptico hacia la casa cuyas luces se veían en el fondo del valle.

De pronto sintió que le tocaban en un hombro.

—Lo lamento mucho, pero la señora Oxford no hará las señales que usted espera ver —dijo una voz a sus espaldas.

Cornally se puso rígido en el acto. Estuvo así un momento y, de súbito, se revolvió velozmente.

Orlan trató de contratacar. Algo brilló delante de él, oyó un ruido sordo y, en el mismo instante, sintió un tremendo golpe en la parte alta del pecho.

Las estrellas empezaron a girar vertiginosamente sobre su cabeza. Todas se unieron en un círculo de luz resplandeciente que, de súbito, se apagó, dejándole sumido en una oscuridad absoluta.

* * *

—Casi contaba con ello —dijo Critton Sphax, después de que su esbirro le informó del incidente.

Roy Marini, otro de los miembros de la cuadrilla, soltó una maldición.

—Hemos perdido el tiempo —exclamó, furioso.

—No —contradijo Sphax—. Además, me conviene dar un ejemplo.

—¡Jefe, si Minerva no accede, se nos evaporan un millón de neodólares!—se lamentó Yath.

—Pero la actriz servirá de escarmiento para que otros cedan —insistió Sphax—. Roy, tú te encargarás del asunto.

—No será fácil, jefe —dijo Marini.

—Escucha, tonto, ¿crees que no sé lo que me hago? Minerva se toma todas las mañanas un vaso de naranjada. Su doncella se la deja sobre la mesilla de noche y ella, apenas abre los ojos, lo primero que hace es beberse la naranjada. Además, duerme con la ventana abierta. Cuida mucho de su salud, ¿comprendes?

—Eso ya está mejor —sonrió Marini—. Pero, ¿qué pasa si ha contratado vigilantes, como parece lógico que lo haya hecho después de lo ocurrido?

—Eres un tipo hábil, ¿no? ¿O sólo lo aseguras, pero no lo eres?

Marini se ofendió.

—Sería capaz de entrar en el dormitorio del presidente, sin que se enterasen los guardias que vigilan la puerta —contestó orgullosamente.

—Entonces, demuestra que no eres un fanfarrón.

—¿Cómo, jefe?

Sphax le entregó un frasquito, que contenía unos cuatro centímetros cúbicos de un líquido transparente y ambarino.

—Vierte la «chronilina» en el vaso de naranjada —dijo—. No importa que tardes tres o cuatro días; si necesitas observar el campo de operaciones, unos días de espera no tendrán importancia. Pero no quiero que falles, ¿entendido?

Marini hizo un signo de asentimiento.

—Eso está hecho, jefe —contestó, seguro de sí mismo.

* * *

—Las posibilidades de que Gyordzany acceda al poder son enormes —dijo Eugen Pannilov.

—Lo que significa que nuestro candidato se irá al cuerno, ¿verdad? —sonrió el otro hombre.

—Así como tú lo has dicho, Girdin Stohrer —contestó Pannilov sombríamente.

—Lo que significa que perderíamos nuestras prebendas… y se nos secaría la fuente de ingresos.

—Exactamente, Girdin.

Stohrer se acarició la mandíbula. Era un hombre de unos cuarenta y cinco años, alto, macizo, de pelo cortado a escuadra y ojos que parecían trocitos de hielo.

—Entonces, no queda más que una solución, Eugen. Hay que

eliminar al candidato.

Pannilov se estremeció.

—Girdin, un asesinato político sería el peor remedio para nuestros males —dijo.

—¿Quién ha hablado de asesinato político? —rio Stohrer—. Un accidente hábilmente planeado, una enfermedad mortal… Hay muchas formas de eliminar a un hombre, sin que haya luego motivos para mencionar tan fea palabra. ¿Quieres dejar que yo me encargue del asunto?

Eligen Pannilov miró a Stohrer. A veces, aquel hombre le daba miedo.

Pero lo necesitaba. Sin Stohrer, no habría llegado a la posición que actualmente ocupaba.

Stohrer lo sabía también, era lo malo. Sin embargo, estaba en sus manos y no podía hacer ya nada para librarse de él.

Salvo seguir adelante y ver de eliminar a Gyordzany sin riesgo de verse implicado en un escándalo.

—Mientras no haya un asesinato…

—Será un accidente —aseguró Stohrer—. ¿De cuánto tiempo disponemos?

—Cuatro meses, Girdin.

Stohrer se puso en pie.

—Por lo menos, sobran dos —contestó con suficiencia—. Y, descuida, no se producirá el menor escándalo.

—Eso espero, Girdin —dijo Pannilov.

Confió en que Stohrer le resolviese el problema. Con el actual presidente, el Ministerio de Recursos Económicos era el cuerno de la abundancia.

Y si conseguían eliminar políticamente a Gyordzany, el presidente sería reelegido por otros seis años y el cuerno de la abundancia seguiría manando pródigamente durante ese tiempo.

Que, a fin de cuentas, era lo que se trataba de conseguir.

* * *

Minerva Oxford se inclinó hacia el paciente y le besó afectuosamente en una mejilla.

—Cúrate pronto, querido —deseó.

Orlan trató de sonreír.

—Siento lo ocurrido…

—Más lo siento yo. Al fin de cuentas, el que recibiste el balazo fuiste tú y por mi causa.

—Lo hice por una buena amiga. ¿Has contratado los detectives que te aconsejé?

—No me dejan sola un momento —contestó ella—. Volveré a verte en cuanto pueda, Kit.

—Adiós, Minerva.

La actriz abandonó la estancia del hospital donde convalecía Orlan. Apenas se había cerrado la puerta, Orlan vio que se abría de nuevo.

—Hola, trampero —saludó alguien jovialmente—. ¿Está visible?

La cara de Orlan se iluminó.

—Entre, Colleen —dijo—. No sabe cuánto me alegro de verla.

—Es usted un tipo de suerte. ¿Se dejó pegar un tiro para que le visitara la eximia Minerva Oxford?

El herido se echó a reír.

—Minerva y yo nos conocemos desde los tiempos de la infancia —contestó—. Pero, ¿cómo ha venido…?

—Leí la noticia. ¿Qué le pasó, Kit?

—Ya lo sabe. Un merodeador me pegó un tiro. Por fortuna, aparte de que el proyectil era soluble, me hirió en una región no vital. Lo peor fue la pérdida de sangre, pero ya estoy casi completamente curado.

—De lo cual me alegro sinceramente —dijo Colleen—. ¿Acaso es empleado de Minerva?,

—No. Ella tenía un problema y yo me ofrecí a ayudarla. La habían amenazado, ¿sabe?

—Algún fanático, sin duda. A los personajes famosos les suele ocurrir, Kit.

Orlan hizo un gesto de duda.

—No creo que se trate de un asunto de fanatismo —dijo—. Le pedían un millón de neodólares.

—¡Vaya! —exclamó Colleen—. ¿Algún chantaje?

—Sí, aunque empleaban una amenaza un tanto singular. No la amenazan de muerte, pero sí con transformarla en una vieja, si no pagaba.

Colleen dejó de sonreír. Orlan lo notó y se extrañó.

—¿Qué le pasa, muchacha? —preguntó.

—Kit, mi tío ha recibido una amenaza semejante —contestó.

Orlan frunció el ceño.

—¿Seguro, Colleen?

—Segurísimo. No leí la primera carta, porque la rompió en el acto, pero sí la segunda. Por lo que he oído, debe de ser muy parecida a la que recibió Minerva Oxford.

—¿Recuerda usted el contenido de la carta, Colleen?

—Desde luego, Kit. Tengo buena memoria…

Colleen recitó casi textualmente el mensaje. Tendido sobre los almohadones, Orlan escuchó con toda atención.

—Sí, son dos cartas muy parecidas —dijo, cuando ella hubo terminado—. Colleen, el asunto es muy serio.

—Después de lo que me ha contado usted, no me cabe la menor duda. ¿Qué me aconseja, Kit?

—Por ahora, yo no puedo hacer nada, salvo tratar de curarme lo antes posible. Creo que todavía me queda una semana de hospital, por lo menos. Dígale a su tío que contrate guardas armados… a menos que quiera pagar el millón. .

Colleen hizo un gesto negativo.

—Mi tío no tiene que esconder nada vergonzoso —contestó.

—Lo cual significa que no pagará.

—Exactamente.

—Pero el chantajista quiere el dinero. Así, pues, su tío debe procurar que no le suceda nada y ha de ser de la forma en que yo le he indicado.

—Se lo diré, Kit. No sabe cuánto celebro haber venido a verle. Ha sido una afortunada coincidencia, créame. ¿Puedo hacer algo por usted?

—Sí, tenerme al corriente de cualquier cosa que suceda en la residencia de su tío Jonathan —contestó Orlan.

CAPÍTULO IV

A Roy Marini le había costado solamente tres días enterarse de las costumbres de los vigilantes armados que había contratado la actriz.

El día elegido para actuar, Marini entró en el jardín, una hora antes del amanecer. Esperó, oculto tras un macizo de flores.

El vigilante de turno pasó diez minutos más tarde. Marini sabía el tiempo que tardaba en volver por aquel mismo punto, después de una vuelta completa en torno a la casa: de doce a trece minutos. Tenía, pues, tiempo sobrado.

Dejó pasar un minuto, abandonó su escondite y avanzó cautelosamente hacia la ventana del dormitorio de la actriz. Tal como había dicho su jefe, a Minerva Oxford le gustaba respirar aire puro durante el sueño. Sus movimientos eran sumamente meticulosos. Entró en el dormitorio y se acercó a la cama donde dormía Minerva.

El sueño de la artista era apacible. La frondosa cabellera de Minerva destacaba como un gran abanico sobre el blanco de la almohada. Un brazo de mórbidos contornos sobresalía fuera del embozo de las sábanas.

Marini se acercó a la mesilla de noche. Sí, allí estaba el vaso de naranjada, cubierto con un pañito bordado.

Sacó el frasquito del bolsillo y lo destapó. Luego, con gran cuidado, vertió el contenido en la naranjada.

—Te habría salida más barato pagar —musitó, como si Minerva pudiera oírle.

Luego, con las mismas precauciones que a la llegada, emprendió la retirada.

Sphax y los otros dos aguardaban ansiosamente. Marini abrió la puerta y guiñó un ojo, a la vez que juntaba el índice y el pulgar en

círculo.

—Hecho, jefe —anunció, rebosante de satisfacción.

—Perfecto, Roy —aprobó Sphax—. Minerva nos servirá de ejemplo para otros que traten de negarse a pagar.

—Suponiendo que la droga haga efecto —dijo Cornally.

—Bruto, ¿es que no viste la prueba con el perro? Le pusimos medio centímetro cúbico solamente, y en una semana se murió de viejo.

Cornally se estremeció.

—No me gustaría beber ese mejunje —dijo—. ¿Cuánto cree que tardará en hacerle efecto a la actriz?

—Bien, según había explicado Maurer, el líquido tarda más o menos veinticuatro horas en incorporarse plenamente al organismo. A partir de este tiempo es cuando se inicia la acción de envejecimiento.

—Bueno, jefe, lo que nosotros queremos saber es cuándo estará Minerva como si tuviese ochenta o noventa años —terció Dandy Yath.

—¿Cómo andas de matemáticas, Dandy? —preguntó Sphax.

—¡Psé, no muy bien! —contestó el interpelado.

—Entonces, empieza a hacer cuentas. La acción de la «chronilina», según la dosis propinada a Minerva Oxford, es de cuatrocientos a uno.

—¿Qué significa eso, jefe? —preguntó Cornally.

—Simplemente, que en un día habrán transcurrido, para ella cuatrocientos… y que en treinta y seis días aproximadamente, tendrá cuarenta años más de los que tiene en la actualidad.

* * *

Colleen May se tropezó con Kit Orlan en la puerta del cuarto que el joven había ocupado durante algunas semanas en el hospital.

—Hola —dijo la chica—. ¿Adonde va?

—A casita —contestó él—. Ya me han dado el alta, Colleen.

—Le felicito, Kit. Yo venía a visitarle…

—Cosa que agradezco sobremanera. ¿Qué novedades me cuenta, Colleen?

—Por ahora, nada —respondió la joven—. El chantajista no ha dado señales de vida.

—No sabe cuánto me alegro. ¿Qué dice su tío al respecto?

Colleen se echó a reír.

—Ni se acuerda ya —contestó—. ¿Sabe usted algo de Minerva

Oxford?

—Hablé con ella ayer por videófono y me dijo que se sentía un poco cansada, eso es todo. Debe de ser el trabajo…

—¿Qué trabajo? —se extrañó Colleen—. Ahora no tiene ninguna obra en cartel.

—Bueno, entonces son cosas de las mujeres —sonrió él—. ¿Ha tomado precauciones su tío?

—No es hombre descuidado. ¿Quiere que le lleve a casa? Tengo mi aeromóvil abajo…

—Se lo agradeceré. El mío debe de estar en el garaje de Minerva. Lo dejé allí cuando fui a pescar al chantajista.

—Muy bien, entonces, vámonos ya.

Orlan y la joven se dirigieron hacia el ascensor. Momentos después, Orlan realizaba las últimas formalidades en la administración del hospital y recibía los documentos de alta.

—¡Uf! —dijo, al salir al exterior—, tenía ganas de abandonar este caserón.

—Me lo imagino. ¿Irá a ver a Minerva?

—Sí, mañana, y de paso recogeré mi aeromóvil.

Colleen se sentó en el puesto del conductor.

—Kit, si le queda tiempo, después de visitar a su amiga, venga por casa. Charlará con mi tío y se quedará a cenar con nosotros —sugirió.

—Si no pudiera ir, llamaría desde la casa de Minerva. ¿Le parece bien, Colleen?

—¡Magnífico! —aprobó la muchacha.

* * *

Con paso lento, Minerva Oxford se acercó al tocador y se sentó frente al espejo.

Llevaba unos días que no se sentía bien. Flojedad en los miembros, desgana, algún vahído que otro… Se preguntó si no sería conveniente llamar a su médico.

El espejo le devolvió la imagen de una cara un tanto afilada. El cansancio se reflejaba claramente en sus facciones.

De pronto, Minerva vio algo que le hizo fruncir el ceño.

—¡Qué extraño! —murmuró.

Aquellas hebras grises…

De pronto, llamaron a la puerta.

—Pase —accedió.

La doncella apareció en el umbral.

—Señora, el capitán Orlan aguarda en la sala —anunció.

Minerva se puso en pie inmediatamente.

—Ah, muy bien, voy ahora mismo —contestó—. Prepárenos algo de beber, Susana.

—Sí, señora.

La actriz se dirigió hacia la sala. Orlan aguardaba en pie, contemplando un cuadro de firma.

—Kit —dijo ella suavemente.

Orlan se volvió. Empezó a sonreír, pero se puso serio casi en el acto.

—¡Minerva! ¿Qué te sucede? —exclamó.

—Bien, ya te dije que no me encuentro muy bien estos días…

—Se te nota una enorme fatiga —dijo Orlan—. ¿Has trabajado demasiado en los últimos tiempos?

—Hace cuatro semanas que estoy de descanso. Lo más que he hecho ha sido estudiar tres guiones de cine y una obra de teatro, pero no me he metido a fondo con ellos. ¿Tan mal me encuentras?

Orlan hizo un gesto de duda.

—¡Hum! En tu lugar, yo llamaría a un médico en seguida —sugirió.

—Sí, tienes razón; yo también lo había pensado…

Susana vino con una bandeja en las manos. Minerva tomó las copas y le ofreció una a su visitante.

—Siéntate, Kit —invitó—. ¿Qué tal te encuentras ahora?

—Fuerte como un roble —contestó él.

—Kit; nunca podré pagarte lo que hiciste por mí…

—Intenté hacerlo, que no es lo mismo.

—Como sea, corriste un grave riesgo por mí —insistió Minerva,

—Ya te dije en cierta ocasión que la amistad es algo más que felicitar un cumpleaños —respondió él—. Bien, Minerva, lo siento, pero tengo que dejarte. Estoy invitado a cenar.

La actriz sonrió.

—¿Se apellida May? —preguntó maliciosamente.

—Sí —sonrió él.

—Una muchacha muy bonita —Minerva suspiró—. Con veinte años menos, no iba a tener competidora.

Orlan emitió una risita de circunstancias. Apuró la copa, se limpió

los labios y se puso en pie.
—Insisto, llama a tu médico, Minerva. Y cuanto antes mejor —aconsejó.
—Así lo haré —prometió ella.
Media hora más tarde, apareció el doctor Harrard, médico particular de la artista, a la que conocía y trataba desde hacía años. Harrard examinó a Minerva concienzudamente y, al cabo de unos momentos, escribió algo en un papel.
—Pero, bueno, doctor, ¿qué es lo que tengo? —preguntó Minerva, impaciente y asustada por la rara expresión que aparecía en el rostro del galeno.
—No se lo puedo decir todavía, porque aún no lo sé bien —respondió Harrard—. Pero aquí le entrego esta nota para mi colega Alameda. Yo le llamaré en cuanto llegue a casa, a fin de que le señale hora de visita, para el día de mañana.
Minerva abrió mucho los ojos.
—He de suponer que el doctor Alameda es especialista de alguna cosa —dijo—. Concretamente, ¿cuál es esa especialidad, doctor?
Harrard miró fijamente a la artista.
—Gerontología, señora Oxford —contestó.

* * *

La cena había resultado muy agradable. Jonathan May era un magnífico anfitrión y había llevado el peso de la conversación, relatando infinidad de anécdotas, muchas de las cuales habían hecho reír estrepitosamente a Orlan y a Colleen. Una vez terminada la cena en el comedor, May se dirigió al mayordomo:
—Richard, sirva el café y los licores en la salita.
—Bien, señor —contestó el impasible mayordomo.
Colleen se puso en pie y lo mismo hicieron los dos hombres. De pronto, Orlan dijo:
—Es extraño. Juraría que he visto al mayordomo antes de ahora, en alguna parte. Sin embargo, no consigo recordar…
—Richard es nuevo. El otro se despidió hace dos días y tuvimos que pedir uno a la agencia —explicó Colleen,
—Ah, entiendo.
—Pero no tenemos queja de él —añadió May.
—Usted ha estado en muchas partes y conoce a infinidad de gentes

—dijo Colleen, una vez en el salón—. Quizá estuvo en alguna casa donde servía Richard anteriormente.

Orlan sonrió.

—La verdad es que no suelo frecuentar mucho ciertos ambientes —contestó—. Y no conozco a Richard como mayordomo en ninguna de las casas que haya podido estar y donde tuvieran mayordomo.

—Bueno, no se preocupe —dijo May—. No es un detalle de importancia, creo yo.

Pero Orlan no se sentía muy convencido.

—De modo que el otro mayordomo se puso enfermo hace dos días —murmuró.

—Sí, tuvimos que llevarlo precipitadamente al hospital —contestó la muchacha.

El timbre del videófono sonó de pronto.

Colleen dio el contacto. La cara de Minerva apareció en la pantalla.

—¡Señora Oxford! —exclamó Colleen, atónita.

Orlan se puso en pie de un salto.

—¡Minerva! —dijo, ya frente al videófono.

La actriz no había dicho aún una sola palabra. Orlan se dio cuenta de que tenía los ojos llenos de lágrimas.

—¿Qué te pasa, Minerva? —preguntó Orlan—. ¿Te sientes peor?

—Kit… el doctor Harrard… vino a verme… Me dio una nota… Tengo que ir mañana a que me examine el doctor Alameda… Es especialista en gerontología…

Orlan se quedó estupefacto.

—¿Seguro, Minerva?

—Sí, Kit. Harrard no ha querido ser explícito… y yo tengo un miedo espantoso. ¿Habrá cumplido sus amenazas el chantajista?

Hubo un momento de silencio. Luego, Orlan dijo:

—Minerva, tómate un calmante para que duermas bien esta noche. Yo iré mañana a buscarte para acompañarte al despacho del doctor Alameda. ¿Entendido?

—Así lo haré, Kit —respondió la actriz.

CAPÍTULO V

Orlan, cortó la comunicación y se volvió hacia May y su sobrina.

—Gerontología —dijo—. ¿Saben lo que eso significa?

—Sí —asintió May preocupadamente—. Enfermedades de la vejez.

—Pero si Minerva parecía una chiquilla —exclamó Colleen—. Y ahora parece que tenga sesenta años. ¿Cómo puede ser eso?

—Su edad real, lo sé bien, es de treinta y nueve años —dijo Orlan—. Pero usted tiene razón, Colleen, ahora parece como si tuviera veinte más,

May frunció el ceño.

—Oiga, muchacho, las actrices, a veces… Bueno, usted ya sabe; recurren a infinidad de trucos para hacerse publicidad…

—Minerva no haría tal cosa conmigo, señor —respondió Orlan tajantemente—. Lo que le está sucediendo es real, aunque, desde luego, ignoremos la forma en que se ha producido.

—¿No había contratado un par de detectives que vigilasen su casa? —preguntó Colleen.

—Ciertamente, aunque no sé cómo…

Richard, el mayordomo, entró en aquel momento con la bandeja en las manos.

Orlan contempló fijamente al individuo. Los brazos, alargados para sostener la bandeja… Las muñecas estaban relativamente juntas, como, cuando en cierta ocasión y en su calidad de comandante de la astronave, había debido arrestar a cierto sujeto…

Fue como un fogonazo en su memoria.

—¡Marini! ¡Roy Marini! —gritó.

El falso mayordomo se sobresaltó.

Orlan dio un paso hacia él.

—Usted es Marini, el ladrón a quien uno de mis oficiales sorprendió in fraganti a bordo de la Jungfrau —acusó.

Marini retrocedió un paso. Soltó la bandeja, que cayó al suelo con todo su contenido, dio media vuelta y echó a correr.

—¡Párese, Marini! —gritó Orlan, lanzándose en persecución del fugitivo.

Marini cerró la puerta del salón y accionó la llave por el otro lado. May, más práctico, corrió hacia una de las ventanas:

—¡Muchachos —gritó a los vigilantes—, el mayordomo es un bandido y trata de escapar! ¡Agárrenlo, rápido!

Orlan saltó al jardín a través de la ventana. Alguien encendió las luces del porche.

—¡Kit! —gritó Colleen.

—Marini ha muerto —dijo Orlan.

May lanzó una maldición, Orlan se acercó a la ventana de la sala, en la cual se hallaban tío y sobrina.

—Y no ha podido hablar —dijo May, furioso.

—Al menos, conseguí identificarlo —manifestó Orlan—. Ahora bien, es de suponer que formase parte de una banda. Conociendo su identidad, creo que la policía acabará por dar con sus compinches.

—Hay otra cosa que me preocupa más, muchacho —dijo May—. Las amenazas del doctor Chronos.

—Yo creo que eso no debe de preocuparle, señor —dijo Orlan—. Si la hubiera llevado a cabo, aunque ignoramos la forma en que lo han hecho, ya se habría marchado de la casa.

—Kit tiene razón, tío —intervino Colleen—. Opino que Marini no tuvo tiempo de propinarte ninguna droga…

—¡Una droga! —exclamó Orlan de repente.

Estuvo parado un segundo y luego corrió hacia el cadáver. Se arrodilló a su lado, registró sus ropas y, unos momentos después, volvía a la casa con un frasquito en las manos.

—¡La droga! —exclamó Colleen, satisfecha de su intuición.

—Sí, pero está vacío —indicó Orlan sombríamente.

* * *

—¿Cuántos años tiene usted, señora Oxford? —preguntó bruscamente el doctor Alameda.

—Vamos, díselo —habló Orlan—. No es ninguna vergüenza…

La actriz se hallaba tras un biombo, donde se vestía. Orlan acababa de entrar en la sala, después del reconocimiento previo realizado por el especialista.

—Treinta y nueve, doctor —contestó Minerva por fin.

Alameda hizo un gesto nada optimista.

—Señora, ese es el tiempo transcurrido desde su nacimiento —dijo —. El tiempo que lleva viviendo su organismo corresponde al de una persona de sesenta años corridos.

Minerva exhaló un gemido. Orlan apretó los dientes.

—¿Cómo puede ser eso, doctor? —inquirió.

—Científicamente, le diré que se trata de un proceso degenerativo de las células del organismo humano. Envejecimiento rápido, para que lo entiendan más claramente.

—¿Sucede eso algunas veces?

—En determinadas circunstancias y debido a alteraciones hormonales, sí, pero no es una enfermedad corriente. Por lo que yo sé, tales alteraciones no se daban en el organismo de la señora Oxford.

—Es decir, que se han producido artificialmente.

—Temo verme obligado a darle una respuesta afirmativa, capitán.

Minerva abandonó el biombo. Las lágrimas resbalaban por sus mejillas.

—Entonces… en cuatro días… voy a convertirme en una vieja… —sollozó.

Alameda se sentía terriblemente incómodo.

—Es un caso muy extraño —manifestó—. Diríase que en nueve o diez días, ha vivido usted veinte años, señora. Y eso, teóricamente imposible, puede serlo mediante la acción de una droga aceleradora de las funciones del organismo humano.

—¿Existe esa droga, doctor? —preguntó Orlan.

—Hace algún tiempo, uno de mis colegas, Maurer, me dijo que estaba haciendo investigaciones en este campo. No sé a qué resultados habrá llegado, pero me pareció que iba por el buen camino.

—Iré a verle, doctor —decidió Orlan—. Mientras tanto, ¿qué tratamiento sugiere usted para la señora Oxford?

Alameda se sentó tras su mesa de despacho y empezó a escribir una receta.

—Será largo, costoso y nada seguro…, pero es lo único que se me ocurre por ahora.

—Algo será mejor que nada, doctor —dijo Orlan.

Al cabo de unos momentos, Alameda se puso en pie y entregó la receta a la actriz.

—Siga el tratamiento con toda puntualidad, señora. Por favor, venga a verme dentro de cuatro días. Quiero seguir su caso con todo detalle.

Minerva hizo un gesto de asentimiento. Orlan tomó su brazo y se la llevó hacia la salida.

—Iré a ver al doctor Maurer, doctor Alameda —anunció en el momento de cruzar la puerta.

—Cítele mi nombre, capitán; estoy seguro de que le atenderá con toda amabilidad —aseguró el geriatra.

Minerva desfalleció al salir a la calle. Orlan tuvo que sostenerla para que no rodase al suelo.

—Vamos, anímate —dijo, tratando de infundirle optimismo.

—Me siento totalmente desmoralizada…

Minerva se derrumbó en el asiento, apenas entró en el aeromóvil. Orlan tomó los mandos y el aparato levantó el vuelo.

—Minerva, lo que te ocurre, indudablemente, es debido a una droga —dijo él, ceñudo—. Tenías unos vigilantes, creo.

—Sí, pero no vieron nada de particular.

—¿Has cambiado alguien del personal de tu servidumbre en los últimos tiempos?

—No, en absoluto.

Orlan se mordió los labios.

—Debe de ser una droga que no altera el sabor de las sustancias con las que se mezcla —supuso—. Yo me pregunto cómo pudieron añadirla a tu comida… o a alguna de tus bebidas…

—El alcohol debe quedar descartado —dijo Minerva—. Apenas lo pruebo, Kit.

—¿Qué más bebes?

—Leche, agua mineral, café algunas veces… y un vaso de zumo de naranja todas las mañanas, apenas me despierto. Es un régimen que me va… que me iba muy bien —sollozó la actriz.

—Sí, ya sé que hacías una vida muy higiénica —convino Orlan. «Era un régimen destinado a conservarse joven, pero, ¿de qué le ha servido»?, pensó desanimadamente.

Pasaron algunos minutos. De pronto, Orlan exclamó:

—Un momento, Minerva. ¿Duermes con la ventana abierta?

—Siempre —contestó ella—. Es una costumbre que no he abandonado jamás. Únicamente, en los últimos años, hice instalar persianas automáticas, conectadas a un reloj, que las cerraba en cuanto había un determinado grado de intensidad de luz al amanecer.

Orlan emitió un juramento entre dientes:

—No se hable más —gruñó—. Conociendo a Marini y sus habilidades, no es necesario romperse la cabeza para adivinar la forma en que puso la droga en tu vaso de naranjada. Pero ahora, habiéndolo identificado, la policía encontrará a sus compinches y, disponiendo de la droga, se podrá encontrar fácilmente el remedio contra sus efectos.

—Es probable —admitió Minerva—, aunque, ¿quién me devolverá estos veinte años que he vivido en nueve o diez días?

Orlan guardó silencio.

Minerva tenía razón. ¿Había algún antídoto contra aquella espantosa droga que aceleraba con tan vertiginosa rapidez el ritmo de la vida humana?

La cabeza de la actriz se reclinó en el respaldo del asiento.

—Si al menos se pudiera dar marcha atrás al tiempo… —suspiró.

Orlan reflexionó durante algunos minutos. Luego dijo:

—No te preocupes. Entre Alameda y Maurer acabarán por dejarte otra vez como una chiquilla.

Pero eran palabras destinadas a levantar el decaído ánimo de la actriz. Ni el mismo Orlan creía en ellas.

Horas más tarde, el pesimismo de Orlan creció enormemente después de conocer la suerte que había corrido el doctor Maurer.

CAPÍTULO VI

—¿Nota usted algún efecto en el organismo, señor? —preguntó Orlan.

—Nada, en absoluto —respondió Jonathan May—. Me encuentro maravillosamente.

—Seguro que Marini no tuvo tiempo de darle la droga. Hay otras personas, en cambio, que no pueden decir lo mismo.

—¿Minerva? —inquirió Colleen.

—Sí. La acompañé ayer al médico.

—¿Y…? —dijo May ansiosamente.

—Minerva ha envejecido físicamente veinte años en nueve o diez días. Y el proceso de envejecimiento continúa.

Colleen se agarró la cara con ambas manos, espantada por aquella respuesta.

—Eso significa que dentro de diez días más habrá envejecido otros veinte años y veinte más en los diez días siguientes —dijo May.

—Sesenta años en cuatro semanas o menos —concordó Orlan con lúgubre acento.

—Pero habrá algún remedio para esa droga infernal…

—Por ahora, no se conoce, señor. El doctor Alameda me recomendó a un colega, que hacía investigaciones sobre el tema. Se trataba del doctor Maurer. Cuando fui a su casa, la encontré completamente destruida.

—¿Un asesinato? —sugirió Colleen.

—No lo sé. Un vecino me dijo que la casa ardió hasta los cimientos hará algunas semanas. El doctor Maurer pereció en el siniestro y, es de suponer, todos sus apuntes, notas y materiales, desaparecieron en el fuego.

—Entonces, la enfermedad de Minerva, si es que se puede llamar así,

no tiene curación, Kit.

—El doctor Alameda ha prescrito un tratamiento, pero desconfía de sí mismo. El proceso de senilidad es muy rápido y, al parecer, irreversible.

—Eso significa que Minerva morirá de vieja antes de un mes.

Orlan hizo un gesto de asentimiento. May meneó la cabeza compasivamente.

—Pobre mujer —dijo—. Lo peor de todo es que la policía no ha conseguido nada hasta ahora.

—¿No conocen los nombres de los cómplices de Marini?

—Sí, se trata de un tal Critton Sphax, pero ha negado tener toda relación con el muerto. Sphax ha admitido haber hecho algún negocio con Marini, pero fue hace tiempo y luego se separaron.

—¿Hay algún informe del laboratorio acerca del frasco que encontré en las ropas de Marini?

—Por ahora, no —contestó May.

—Le sugiero una cosa, señor May —dijo Orlan—. Usted tiene influencias. Haga que el doctor Alameda intervenga en el análisis de las pocas gotas de líquido que aún quedaban en el frasco. A fin de cuentas, es especialista en la materia.

—Lo tendré en cuenta —respondió May.

Orlan se dirigió hacia la puerta.

—¿Adonde va, Kit? —preguntó Colleen.

—La policía no ha conseguido nada, pero puede que yo obtenga otros resultados más positivos con Sphax —respondió eleven.

* * *

Kit Orlan estudió la cara del sujeto que tenía ante sí. «Astuto y escurridizo», calificó en el acto.

—He accedido a recibirle por pura cortesía, capitán —manifestó Critton Sphax—. Pero le diré que no tengo nada que ver con las trapacerías de Marini.

—Me gustaría creerle, señor Sphax —dijo Orlan fríamente.

Yath y Cornally estaban junto a Sphax, a ambos lados. Bastaba verles la cara para juzgar cuál era su «profesión».

—Si ha venido a insultarme, será mejor que se vaya, capitán —contestó Sphax.

—Escuche, conocía a Marini y sabía que era un sujeto incapaz de

tomar ciertas iniciativas. Era un hábil ladrón y realizaba viajes con frecuencia, obteniendo buenas ganancias. Pero de ahí no pasaba; Marini no era hombre con la inteligencia suficiente para planear un golpe de importancia.

—Le doy las gracias —dijo Sphax burlonamente—. Sus palabras me hacen suponer que usted me cree hombre de gran inteligencia.

—Quizá excesiva —contestó Orlan sin inmutarse—. Pero, ¿se ha parado a pensar que el último anónimo dirigido al señor May está en manos de la policía y que es muy probable que acaben averiguando que fue usted el autor de ese anónimo?

—Lo dudo mucho —repuso Sphax—. No soy experto en anónimos, pero si tuviese que enviar uno, ¿sabe cómo lo haría?

—Si tiene la bondad de explicármelo…

—Con mucho gusto. En primer lugar, usaría guantes en todo momento, incluso al adquirir el papel, los sobres y los sellos de correo.

—Elemental. Continúe.

—En segundo lugar, usted lo sabe bien, hay muchos grandes almacenes en la ciudad que tienen gratuitamente lo que llaman despachos de trabajo para los clientes. Un cliente va a uno de esos despachos, se sienta ante una dictógrafa y escribe una carta, bien en papel propio, bien en papel de esos grandes almacenes. Usted ya sabe cómo trabajan las dictografas, ¿verdad?

Orlan apretó los dientes.

—Está mintiendo, pero, de momento, tendré que dar por buena su respuesta, señor Sphax —contestó, procurando ocultar la decepción que sentía.

* * *

Cuando Orlan se hubo marchado, Sphax sacó un pañuelo y se limpió el sudor de la frente.

—¡Uf!—. Ese tipo me ha hecho sudar de veras.

—Sospecha de nosotros, jefe —observó Yath.

—Y eso, después de lo que ha pasado con Marini, no me gusta en absoluto —añadió Cornally.

—Marini fue un tonto. La idea de fingirse mayordomo fue suya.

—No era mala…

Sphax interrumpió bruscamente a Cornally.

—Toda idea que no sale bien, es mala —dictaminó—. Lo único que

pasa es que hemos perdido un millón de neodólares. Pero May cederá cuando vea que lo de Minerva no tiene remedio.

—¿Y cómo se le hará tomar la droga?

—Ya me lo pensaré —contestó Sphax—. Mientras tanto, tenemos que estudiar las características de los otros tres sujetos que tenemos en cartera.

Sphax abrió el cajón de la mesa y sacó un papel, que partió en dos mitades.

—Dandy, encárgate de éste —ordenó—. Ahí tienes su dirección. Ya sabes lo que tienes que hacer.

—Sí, jefe.

—Tú, Cornally, encárgate del número dos.

—¿Se encargará usted del número tres, jefe?

—Sí, personalmente.

—Una cosa, jefe —exclamó Yath—. ¿Qué hay del frasco de la droga?

Sphax se echó a reír.

—Jamás lo encontrarán —dijo—. No lo encontrarán, salvo que destruyan este edificio piedra por piedra. Cosa imposible, por otra parte —agregó, seguro de sí mismo.

Yath y Cornally se marcharon, dejándolo solo. Sphax se reclinó en el sillón y leyó el nombre del individuo al que había asignado el número tres en su lista de posibles víctimas.

—Girdin Stohrer es muy rico y pagará sin rechistar —murmuró—. Sobre todo, cuando se entere de lo que le ha pasado a Minerva Oxford.

* * *

En el salón de la residencia de Minerva había un hombre de unos cuarenta años, alto, bien parecido y con cierto aire de timidez, que tenía un enorme ramo de flores en las manos y que daba la sensación de no saber qué hacer con ellas.

—Lo siento, señor Harvard —dijo Susana, en el momento en que Orlan entraba en la casa—. La señora no quiere recibirle.

—Pero, Susana…, soy el señor Harvard… Ella me conoce de sobras… Yo no le he dado motivos para que se niegue a recibirme…

—Minerva Oxford tiene motivos para no recibirle —intervino Orlan.

Harvard se volvió hacia él.

—¿Quién es usted? —preguntó con cierta brusquedad.

—Mi nombre es Kit Orlan y soy amigo personal de la señora Oxford.

—Soy Sylvester Harvard —declaró el visitante—. También soy muy amigo de Minerva y, hasta hace algunos días, creía que algo más que amigo.

Orlan adivinó la verdad.

—Usted es su flirt —dijo.

Harvard sacó el pecho.

—Algo más, señor mío —contestó orgullosamente—. Quiero casarme con Minerva… y, aunque ahora me imagino que debe estar bajo los efectos de una depresión nerviosa…

—Lo que tiene Minerva es algo más serio que una depresión nerviosa —dijo Orlan—. Y si ahora no le recibe, debe tener paciencia. Pronto estará curada, se lo aseguro.

—Pero, a pesar de todo…

—No insista, señor Harvard.

Hubo un momento de silencio.

—Espero que ella no haya variado de sentimientos hacia mí —dijo Harvard al cabo.

—No es eso, ni mucho menos. Ella le aprecia, pero… Oiga, Harvard, su nombre me suena. ¿No es usted el inventor de un nuevo sistema de guía de astronaves por control remoto?

—Así es —admitió Harvard—. Mi sistema puede programar la órbita de una astronave desde el suelo terrestre hasta los límites del sistema solar.

—Un magnífico invento. Le felicito.

—También soy el autor de otro sistema de propulsión para astronaves, que aumenta la velocidad, sin gasto apreciable de combustible, en ciento veinticinco por ciento más de lo normal.

—Sí, he oído hablar algo de eso —convino Orlan.

—Las patentes me han dado muchísimo dinero. Por tanto, no es el interés lo que me impulsa hacia Minerva Oxford.

—Una declaración digna de todo elogio —sonrió el astronauta—. De este modo, una astronave se podría guiar desde la Tierra…

—Hasta unos ocho mil millones de kilómetros, con uno de error como máximo en el punto más alejado de la órbita. Naturalmente, las posibilidades de desviación decrecen en proporción directa a la distancia.

—A menor distancia, menor desviación.

—Justamente.

—¿Y la velocidad?

Harvard sonrió.

—Hoy se tarda en llegar a Marte unas cuatro semanas. Con mi acelerador, el ahorro de tiempo es, como mínimo, de dieciocho días.

—No está mal —aprobó Orlan.

—He hecho pruebas con mi astronave particular. Los resultados han sido fructíferos en todas y cada una de las pruebas y en ambos sentidos: velocidad y control remoto.

Orlan tendió la mano al inventor.

—Le felicito, amigo Harvard —dijo—. Y ahora, por favor, váyase. —Agarró el ramo de flores y concluyó—: Yo se las entregaré a Minerva en su nombre.

Momentos después, entraba en el cuarto donde estaba Minerva.

Había una oscuridad casi total. Ella se volvió para mirarle.

CAPÍTULO VII

Orlan se sirvió una copa y la vació de un trago.

—Tiene usted muy mala cara, Kit —dijo Colleen.

El joven llenó la copa otra vez.

—Vengo de ver a Minerva —confesó.

—¿Cómo está?

Orlan calló durante unos momentos.

—¿Cómo puede una persona sufrir una transformación semejante en menos de quince días? Minerva ofrece un aspecto espantoso…, parece que tenga setenta años…, pero setenta años de los antiguos, no sé si me entenderá usted, Colleen.

—Creo que sí. Hace un siglo, una persona de setenta años tenía un aspecto mucho más avejentado que otra de la misma edad en esta época.

—Justamente. Parece mentira —dijo él, meditabundo—. Minerva ofrecía todo el aspecto de una joven de veinticinco o treinta años; era hermosa, tenía una figura maravillosa… ¡y ahora parece una bruja de cuento!

Colleen se estremeció de horror.

—¿Y no se puede hacer nada? —murmuró.

—El tratamiento de Alameda es prácticamente ineficaz. Algo hace, qué duda cabe, pero es como reducir la velocidad de una astronave en un cinco por ciento. Apenas se nota, ¿comprende?

—Sí —contestó ella—. Le comprendo perfectamente.

—A Minerva le quedan veinte días de vida como máximo, Colleen.

—Morirá de vieja, habiendo vivido menos de cuarenta años.

—Justamente.

—El tiempo no se puede detener… no se puede invertir su marcha,

como si fuese la de un automóvil antiguo.

—No. Las agujas del reloj giran de izquierda a derecha; no hay relojes cuyas manecillas giren de derecha a izquierda.

Los dos jóvenes guardaron silencio. Jonathan May entró en aquel instante y los vio muy deprimidos.

—Malas noticias presumo —dijo.

—Sí, señor —confirmó Orlan—. Mi amiga no tiene salvación.

May suspiró profundamente.

—En las novelas de fantasía científica se habla mucho de las máquinas del tiempo, esos artefactos en los que los protagonistas se adelantan a su época o viajan al pasado. Pero no dejan de ser fantasías.

Orlan sonrió.

—Usted quiere decir que con una máquina de ese género podríamos encontrar el remedio para el proceso de senilidad de Minerva Oxford.

—Esa sería la única forma de curarla, bien yendo al futuro para encontrar una medicina adecuada, bien retrocediendo en el tiempo para evitar la ingestión de esa maldita droga. Pero, insisto, sólo son fantasías.

May les volvió a mirar y sonrió.

—¿Por qué no procuran salir y distraerse un poco? —sugirió.

* * *

La carta que Girdin Stohrer recibió aquella mañana provocó primero su hilaridad. Luego le hizo pensar.

Era una carta análoga a las que ya habían recibido Minerva Oxford y Jonathan May. Stohrer pasó mucho rato leyéndola y releyéndola hasta que se la supo de memoria.

Reclinado en su sillón, estuvo meditando durante largo rato. ¿Era cierto que el sedicente doctor Chronos podía hacer envejecer a las personas?

De repente, concibió una idea. Alargó la mano hacia el videófono y marcó una cifra.

La cara de Eugen Pannilov apareció al momento en la pantalla.

—Hola, Girdin —saludó Pannilov— ¿Algo nuevo?

—Sí, creo que ya he dado con la solución a nuestro problema —declaró Stohrer.

—Eso es estupendo… si el plan da resultado, claro.

—Lo dará —afirmó Stohrer, seguro de lo que decía—. Pero aún

debo, dejar pasar algunos días.

—¿Puedo conocer detalles, Girdin?

—Te lo diré en nuestra próxima reunión, Eugen.

Pannilov sonrió.

—Quieres discreción —adivinó.

—Exacto. Ya te daré más detalles cuando me sea posible. Pero desde ahora te digo que puedes dormir tranquilo. Olvídate de ese problema, ¿comprendes?

—Si tú lo dices…

Stohrer soltó una ruidosa carcajada.

—Eso está hecho ya —aseguró.

Luego cortó la comunicación.

—Bueno, ahora sólo falta esperar la segunda carta del doctor Chronos —se dijo, mientras elegía el mejor habano de la caja que tenía sobre su lujosa mesa de despacho. Las nubes de humo azul que bien pronto empezaron a brotar del cigarro le parecieron de incienso en celebración de su pronta victoria.

* * *

Insomne, Kit Orlan daba vueltas continuamente sobre la cama, tratando en vano de conciliar el sueño.

Las horas pasaban sin que consiguiera, como vulgarmente se dice, pegar un ojo. Había un problema que roía su menté con tenacidad, de una forma absorbente, obsesiva.

Curar a Minerva, vencer su senilidad, devolverla a su edad normal… ¿Cómo conseguirlo?

Los mejores especialistas estaban tratando de hallar la fórmula del líquido contenido en el frasquito hallado en las ropas de Marini. Incluso el doctor Alameda se había unido a ellos.

Orlan había leído el informe de lo obtenido en los primeros intentos, debido a la influencia de Jonathan May. El informe se le había antojado un compendio de oscuridad, poco menos que ilegible.

Sólo había conseguido saber una cosa: que tanto Alameda como los demás estaban aún muy lejos de hallar la fórmula que, al parecer, había salido de la delirante imaginación del doctor Maurer.

Por lo tanto, Minerva parecía condenada a morir de vieja.

«A menos que alguien consiguiera detener el tiempo», se dijo.

Parar el tiempo, parar el reloj…

Y esperar a que los científicos hallasen la fórmula salvadora.

—Si se hubiesen inventado los cronomóviles…

Pero, una vez más, se trataba de una fantasía. No había máquina capaz de hacer viajar a una persona al pasado.

Viajar al pasado era retroceder en el tiempo, vivir al revés…, pero el artefacto capaz de moverse en la línea temporal no existía.

—Tendría que ser un aparato que se moviese, teóricamente, en sentido inverso al de las agujas de un reloj —murmuró en la oscuridad, con la vista fija en el techo.

Pasaron algunos minutos. El sueño, al fin, empezó a vencerle.

De súbito, algo estalló en su mente. Fue como un deslumbrante fogonazo, un relámpago en una noche de absoluta oscuridad.

Orlan se sentó de golpe en la cama.

—¿Y por qué no? —exclamó casi a gritos—. ¿Por qué no probar? Se puede decir que, en el caso de Minerva, todo está perdido, así que no perdería ya más. Y, en el peor de los casos, se mantendría en su edad, actual, hasta que los científicos diesen con la fórmula salvadora.

Orlan ya no se lo pensó dos veces. Todavía faltaba mucho para amanecer, pero, sin más vacilaciones, encendió la luz, apartó, a un lado las ropas de la cama y corrió a meterse bajo la ducha.

Una hora más tarde, aporreaba la puerta de una casa, en la que una placa señalaba el nombre de su dueño. Sylvester Harvard apareció al fin, envuelto en una bata y con los ojos turbios, a causa del sueño tan bruscamente interrumpido.

—Capitán —dijo de mal humor—, ¿le parece que las tres y media de la madrugada es una hora apropiada para ir por ahí despertando a la gente?

—Señor Harvard, tendrá que dispensarme por eso, pero en otro momento —contestó Orlan—. Lo que tengo que decirle es algo muy urgente y que no admite demora de ninguna clase. ¿Puedo pasar?

Harvard adivinó por la expresión de su visitante que, en efecto, se trataba de algo grave. Pasó una mano por sus revueltos cabellos y entró a un lado.

—Bien, entre —accedió—. Supongo que viene a hablarme de Minerva —agregó.

—En efecto; yo quería decirle…

Una voz de mujer le interrumpió de pronto.

—Hijo, ¿sucede algo, malo?

Harvard se volvió hacia la mujer, vestida, como él, con ropa de dormir y cubierto el cuerpo con una bata.

—Nada de particular, creo, mamá —repuso—. Perdone, capitán. Le presento a mi madre. Mamá, el capitán Orlan.

—¿Cómo está, capitán? —saludó ella.

—Es un placer, señora Harvard —dijo el astronauta—. Les ruego me perdonen la visita en horas tan intempestivas, pero no podía demorarlo un solo momento.

—Se trata de Minerva, mamá —añadió Harvard.

—Ah, entiendo —dijo la mujer—. Les prepararé un poco de café mientras conversan.

—Gracias, mamá.

La señora Harvard se dirigió a la cocina. El ingeniero señaló un diván a su visitante.

—Por favor, capitán…

Orlan hizo un gesto de aquiescencia.

—Señor Harvard, tengo entendido que usted ama a Minerva —dijo.

—Hombre —rezongó el otro—. Supongo que no habrá venido aquí solamente para preguntarme por mis sentimientos personales.

—Por supuesto, pero deseo saber si es usted capaz de hacer cualquier cosa por conseguir que Minerva vuelva a tener su aspecto normal.

—Sobre eso, no debe caber ninguna duda —aseguró Harvard, enfático—. Pero no se me alcanza qué puedo hacer yo, la verdad.

—Quizá más de lo que usted mismo cree, quizá pueda salvarla. Vamos a ver, Harvard, usted dijo que su sistema de guía por control remoto es perfecto.

—Dentro de lo que son las obras humanas, es el mejor que existe hasta el presente, dicho sea sin falsa modestia.

—¿Cuánto tiempo puede estar funcionando?

Harvard hizo un gesto vago.

—No hay límites para su funcionamiento —respondió—. Todo el tiempo que se precise, meses, años…

—¡Magnífico! —aprobó Orlan, entusiasmado—. Y ahora, hábleme de su dispositivo de aceleración suplementaria. Usted dijo que tiene una astronave propia, ¿no es así?

—Cierto, y he probado ambos sistemas en ella, con pleno éxito. Precisamente, uno de estos días he de reunirme con el presidente de la

Sociedad Intermundial de Viajes para…

—Olvide a ese tipo, Harvard. Dígame, ¿cuál es la velocidad máxima que puede alcanzar su nave con ese dispositivo?

—He logrado velocidades de ciento veinte kilómetros al segundo. Perfeccionándolo y, añadiendo, además, el lógico aumento de velocidad por inercia, podrían alcanzarse velocidades mucho mayores.

Orlan se puso en pie.

—¿Cuánto tardaría usted en tener lista su astronave? —preguntó.

—Está lista en todo momento. Tal vez sería preciso reponer víveres y agua, pero todo lo demás está en orden…

Orlan ya no dejó que Harvard siguiese hablando. Agarrándolo por un brazo, le señaló la escalera que conducía a los dormitorios del piso superior.

—Vamos, vístase —ordenó con acento perentorio—. Si quiere de veras a Minerva, debe empezar a actuar sin perder un solo minuto.

CAPÍTULO VIII

Empezaba a amanecer cuando los dos hombres llegaron a la lujosa residencia de la actriz.

Susana, la doncella, les recibió con ojos cargados de sueño.

—La señora está durmiendo… supongo —añadió en tono de duda.

—Si está dormida, yo la despertaré —dijo Orlan resueltamente—. Espéreme en el salón, Harvard.

—Bien, Orlan.

El astronauta se dirigió directamente al dormitorio de Minerva. Abrió la puerta.

—¿Susana? —dijo la actriz.

—No, soy Kit, Minerva. ¿Te he despertado?

Ella emitió una risa amarga.

—¿Crees que puedo dormir en estas condiciones? —contestó—. Sal, quiero estar sola, Kit; no deseo que me vea nadie en mi actual estado.

Orlan no dijo nada. Cruzó el umbral, cerró la puerta y encendió la luz. ,

Ella emitió un grito agudísimo, a la vez que se cubría completamente con las ropas de cama.

—¡No, no! Apaga esa luz, Kit! ¡Apágala, por lo que más quieras! —Sus chillidos se transformaron casi de repente en agudos sollozos—. Déjame, Kit, déjame…

Orlan se acercó lentamente a la cama.

—Minerva, escúchame —pidió.

Procuró dar un acento persuasivo a su voz. Dejó pasar unos segundos y añadió:

—Óyeme bien, Minerva. Quiero decirte una cosa. No puedo garantizarte el éxito, pero es el único medio que conozco para detener

tu envejecimiento…

—¿De qué me serviría quedarme como estoy? En dos semanas, he adquirido el aspecto de una vieja de más de setenta años —se lamentó Minerva, todavía debajo de las sábanas.

—Lo sé, y puede que te quedes así para siempre…, pero de otro modo, si no intentamos nada, puedes morir en otros quince, veinte días como máximo. Vamos a hacer una prueba y no te doy muchas esperanzas; sin embargo, tengo confianza en que algo conseguiremos. Incluso podría ser que acabases recobrando tu aspecto anterior. Tienes que intentarlo, Minerva, te lo suplico. Por nuestra amistad… y por Harvard.

—Ya no lo veré nunca más. Él amaba a la mujer joven y hermosa que yo era hace sólo unos días…

—Harvard continúa amándote y desea, aún más que yo, tu curación. Pero, naturalmente, debes poner algo de tu parte.

—Apaga la luz, por favor —pidió Minerva.

Orlan obedeció. Ella se quitó las sábanas de la cara.

—¿Qué es lo que tengo que hacer? —preguntó.

Orlan lanzó un suspiro de alivio.

—Ya era hora de que empezases a dar señales de cordura —contestó—. Voy a salir de aquí para que te vistas. Puedes ponerte un traje largo y cubrirte la cara con un velo muy espeso, si quieres…, mejor dicho, si no quieres que te veamos. Harvard y yo aguardamos en el salón, Minerva.

—¿Se… se trata de una operación quirúrgica?

—No, ni mucho menos. Nadie te verá, salvo Harvard y yo, aunque eso sí, deberás tener mucha paciencia. El tratamiento puede prolongarse semanas, acaso meses enteros. Pero insisto, dará resultado, Minerva.

Ella lloró ahora de alegría.

—Si fuese verdad, Kit…

Orlan se acercó a la cama, buscó una de sus manos y la palmeó afectuosamente. Procuró ocultar la repugnancia que sentía al acariciar aquella piel, antes tersa y suave y ahora apergaminada y áspera.

—Curarás, Minerva, curarás —vaticinó firmemente.

* * *

Girdin Stohrer leyó una vez más la segunda carta que había recibido pocas horas antes y luego se acercó a la ventana de su despacho con

una lámpara en la mano.

Presionó el interruptor varias veces, haciendo las señales que le habían sido prescritas. Después aguardó.

Había dos hombres más con él en la habitación. Ninguno de ellos había despegado los labios hasta el momento.

Pasaron algunos minutos. El timbre del videófono sonó de pronto.

Stohrer se acercó al aparato y dio el contacto. Una cara redonda, casi esférica, de gruesos mostachos y gafas de gruesa montura, apareció inmediatamente en la pantalla.

«Una máscara», pensó Stohrer. Y fingiendo cierto temor, dijo:

—Soy Stohrer.

—Es un placer, señor Stohrer —manifestó el otro—. Soy el doctor Chronos.

—Bien, usted dirá, doctor.

—Ha aceptado mi petición, por lo visto.

—¡Qué remedio! —Stohrer simuló resignación—. Pagaré…

—Es una actitud muy sensata por su parte. Escuche bien lo que voy a decirle: Meta el dinero en una maleta de color claro, amarillo si puede ser. Mañana, a las doce en punto de la noche, la dejará junto al tercer árbol, un tilo, que hay en el Parque Estatal, contando hacia el sur y a partir de la fuentecilla coronada por una estatua de Venus Afrodita. Repita las instrucciones, por favor.

—El tercer tilo, hacia el sur y a partir de la fuente de Venus Afrodita.

—Justamente —aprobó Chronos—. La maleta quedará en sentido opuesto al surtidor. Eso es todo…, salvo, naturalmente, que no deberá avisar a la policía.

—Nunca cometería una estupidez semejante —aseguró Stohrer.

—Lo celebro por usted. Ha sido un placer conocerle, señor Stohrer —se despidió Chronos.

La pantalla se apagó. Stohrer cerró el contacto y se volvió hacia los dos individuos, que estaban junto a él, los cuales, prudentemente, habían permanecido fuera del campo visual del aparato.

—¿Habéis oído? —preguntó.

Ron Blake y Emil Shavy asintieron al mismo tiempo. Stohrer sonrió satisfecho.

—Muy bien, ahora ya sabemos dónde hay que dejar la maleta. Alguien vendrá a recogerla —continuó—. Puede que sea Chronos en

persona, puede que sea alguno de sus compinches. En este caso, él nos dirá dónde se esconde el doctor Chronos. Pero ahora vamos a elaborar un plan que nos permita obtener la información que deseamos.

Blake y Shavy se acercaron a la mesa. Stohrer sabía que podía contar con ellos. Eran hombres duros, astutos y carecían de piedad.

Además, y esto era lo importante, obedecían ciegamente sus órdenes.

* * *

Envuelta en un vestido que cubría su cuerpo hasta los pies y cubierta la cabeza con un espeso velo negro. Minerva paseó la vista por el interior de la astronave.

—Es pequeña, pero hay espacio suficiente —dijo Harvard—. Tienes comida para varias semanas, así como agua en abundancia para todos los usos. Además, te he traído libros y cintas, con películas y grabaciones musicales.

—Puede que te aburras, pero no lo pasarás peor que allá abajo, encerrada en tu dormitorio —añadió Orlan.

Minerva hizo un silencioso gesto de aquiescencia.

—Además —dijo Harvard—, vendremos a verte al menos una vez cada semana.

—Debemos comprobar los progresos en tu estado físico —indicó Orlan.

—¿Habrá progresos, Kit? —dudó ella.

—Puedes estar segura de que los habrá, Minerva. Harvard, enséñele el manejo de la radio. Aparte de las visitas que te hagamos, conviene que podamos estar en contacto contigo en cualquier momento.

A continuación, Harvard hizo de cicerone para la actriz, enseñándole todos los departamentos de la nave. Asimismo le enseñó los instrumentos de a bordo que no debía tocar, así como algunos indicadores que para ella resultarían de fácil lectura.

—Tendrás que informamos de la velocidad, horarios a bordo y otros datos —dijo, mientras proseguía con las explicaciones.

Media hora después, estaban listos para la partida. A través del velo, Minerva les dirigió una mirada conmovida.

—¿Qué podré hacer para agradeceros todo lo que hacéis conmigo?

Orlan sonrió.

—Curarte y volver a ser tan hermosa como antes… para Harvard,

por supuesto —contestó.

El ingeniero, que era un poco tímido, se puso colorado. Orlan le palmeó en las espaldas.

—Vamos, hombre —dijo—, dentro de nada, tendrá usted la esposa más bonita del mundo… y Minerva se sentirá orgullosa de llamarse señora Harvard.

Antes de salir, Orlan se volvió hacia la actriz.

—Minerva, esta operación es un secreto —dijo—. ¿Comprendes lo que te quiero decir?

—Sí, Kit.

—Eso es todo. ¡Buena suerte!

Minutos más tarde, la pequeña astronave ascendía hacia las alturas. Cuando la hubieron perdido de vista, Harvard emitió un hondo suspiro.

—¡Si diera resultado…!

—Lo dará, Harvard, lo dará —insistió Orlan una vez más.

* * *

El hombre llegó al tercer tilo, miró a derecha e izquierda, vio que no había nadie y se agachó para recoger la maleta.

Unos ojos seguían la operación desde la protección de unos arbustos próximos. Tim Cornally levantó la maleta y echó a andar.

Por el peso, dedujo que Stohrer había puesto la cantidad suficiente y en billetes pequeños, tal como le había sido recomendado.

—Menos mal —suspiró para sí—; ya era hora de que empezásemos a recoger algo de botín.

Caminó en busca de la salida del parque. Una sombra se alzó repentinamente ante él.

—¿Eh? —dijo Cornally, sorprendido.

—Estoy apuntándole con una pistola —manifestó Shavy—. Una sola voz, un solo gesto y te encontrarás en el infierno.

Cornally tragó saliva.

—¿Po… policía? —inquirió.

Detrás de él sonó una risita.

—¿Nos crees tontos como para llamar a la policía? —dijo otro hombre, a espaldas de Cornally.

Una mano le arrebató la maleta. El hombre que estaba detrás de él dio una orden:

—Camina y no alces la voz, si quieres seguir viviendo.

Muy deprimido, porque presentía que le iba a suceder algo peor que si hubiese caído en manos de auténticos policías, Cornally echó a andar, sin tener la menor idea del lugar adonde iba a ser conducido.

CAPÍTULO IX

Sentado en un sillón, al cual había sido amarrado previamente, Cornally miró a los tres hombres que tenía frente a sí.

Eran tipos duros y sin piedad. En especial el que se hallaba en el centro, muy ocupado en aquellos momentos en encender un grueso habano.

Al cabo de casi un minuto, Stohrer lanzó un chorro de humo a la cara del prisionero.

—¿Quién es Chronos? —preguntó.

Cornally ya se había recuperado un tanto e intentó bravuconear:

—¿Cree que se lo voy a decir?— preguntó despectivamente.

Stohrer estaba ante él, el cigarro entre los dientes, las manos en la espalda y los pies ligeramente separados.

—Sí, lo vas a decir —afirmó.

—Pierde el tiempo, amigo. Yo no…

—¿Ron? —dijo Stohrer, sin hacer el menor caso de la negativa del prisionero.

Blake sacó a relucir un imponente látigo, que hizo restallar estruendosamente.

—¿Cuántos, jefe? —preguntó.

—De momento, uno sólo, para prueba —indicó Stohrer.

Se oyó un espeluznante aullido. El látigo golpeó en el pecho del prisionero, rasgándole la camisa y la carne al mismo tiempo.

Stohrer continuaba fumando impasiblemente.

—Podría obtener tu confesión por otros medios —dijo—, pero entonces ya no resultaría tan divertido. Emil, me parece que Ron no le ha dado fuerte. ¿Quieres probar tú?

—Con mucho gusto, jefe —accedió Shavy.

Cornally lanzó un aullido de pánico.

—¡No! ¡Basta! ¡Hablaré! Lo diré todo…

—Ah, ya sabía yo que cederías pronto —sonrió Stohrer—. Bien, conozcamos al doctor Chronos…

Cornally sollozaba de rabia, dolor y vergüenza. Con voz entrecortada, dio el nombre y la dirección de su jefe.

—Lo comprobaremos —dijo Stohrer—. Y si nos has mentido, seguiremos usando el látigo.

—Le juro que he dicho la verdad…

—Pronto lo sabremos. Ah, ¿es cierto lo de la droga envejecedora?

Cornally asintió abatidamente. Sus sueños de enriquecerse rápidamente y sin riesgo alguno acababan de disiparse.

Pero su pensamiento no se centraba ahora en el dinero, sino en salvar la vida. Y su instinto le decía que sus probabilidades a este respecto eran más bien escasas.

* * *

—¿Puedes indicarme la velocidad, Minerva? —preguntó Orlan.

—La aguja marca la cifra treinta, Kit —contestó la actriz, a millones de kilómetros de distancia.

—Estupendo. Ya has alcanzado la velocidad del planeta.

—¿Qué quieres decir, Kit? preguntó ella, extrañada.

—Me refería a la velocidad orbital de la Tierra. ¿Cómo te sientes, Minerva?

—Prácticamente igual, Kit. Sin embargo, he conseguido dormir algunas horas.

—Sin sedantes, claro.

—No los traje conmigo.

—Una excelente idea. Minerva, ¿crees que tu sueño ha sido natural o porque llevabas muchos días sin pegar ojo?

—Bueno, yo diría que por los días que llevaba sin dormir. Pero también me pasaba antes y no conseguía conciliar el sueño si no era a fuerza de tabletas.

—Lo cual quiere decir que vamos por el buen camino, aunque estemos en el principio. Mira el indicador de tiempo, por favor.

Minerva obedeció.

—Señala las tres y media, horario de Greenwich —contestó.

—¡Las tres y media! —exclamó Orlan, asombrado—. ¡No puede ser, Minerva! Aquí son las…

Orlan se mordió los labios. Había una discordancia entre el horario de la nave y el de la superficie terrestre.

De pronto, creyó haber hallado la solución. «Y, a fin de cuentas, ¿no era eso lo que buscábamos?», se dijo.

—Está bien, Minerva, no te preocupes; quizá sean los instrumentos. De todas formas, lo más importante es la velocidad.

—Como tú digas, Kit. En este momento, la aguja marca treinta coma cero veintidós.

—Perfectamente. Sigue vigilando y si notases algo anormal, avísanos inmediatamente. El próximo que hablará contigo será Sylvester.

—De acuerdo, Kit.

Orlan cortó la comunicación. Estuvo unos momentos pensativo y luego abandonó el espacioso cuarto, desde el que se controlaban todos los movimientos de la nave. La discordancia de horarios seguía preocupándole y empezó a pensar en la forma de aclarar aquel enigma.

El cuarto de control llenaba casi tres cuartas partes del piso superior de la casa de los Harvard, y allí era donde el ingeniero había realizado sus pruebas y experimentos. Cuando Orlan llegó al salón de la planta baja, se encontró a la señora Harvard metida de lleno en una de sus tareas favoritas: hacer punto de media con agujas.

La señora Harvard le miró por encima de sus lentes.

—¿Alguna novedad, muchacho? —preguntó.

—Por ahora, todo va bien, señora —sonrió Orlan—. Tiene usted un hijo que es una maravilla.

Charlotte Harvard meneó la cabeza.

—Siempre fue muy estudioso y aplicado —dijo—. Pero ya tiene cuarenta y un años y es hora de que se case, ¿no lo cree usted, capitán? No es bueno que el hombre viva solo, créame.

—Sí, señora. —Sin saber por qué, Orlan pensó en Colleen y sintió vivos deseos de verla—. Pero muy pronto su hijo tendrá esposa.

—Así sea, muchacho —contestó Charlotte Harvard esperanzadamente.

* * *

Stohrer se detuvo ante la puerta y comprobó el nombre del ocupante del piso. Blake y Shavy estaban con él.

Stohrer oprimió el pulsador de la puerta. A los pocos segundos, se oyó una voz al otro lado:

—¿Tim?

—Sí, yo mismo —contestó Stohrer.

La puerta se abrió. Dandy Yath se dio cuenta inmediatamente del error que había cometido.

No tuvo tiempo dé enmendarlo. Fríamente, a dos pasos de distancia, Blake le metió dos balas en el pecho.

El cuerpo de Yath hizo un poco de ruido al caer de espaldas. Shavy saltó por encima de él, pistola en mano.

Dentro del departamento, se oyó una voz:

—Dandy, ¿qué pasa ahí? ¿Ha vuelto Cornally?

Blake se estaba ocupando ya de arrastrar el cuerpo de Yath para dejar libre la puerta. Stohrer entró en la casa y cerró.

Critton Sphax hizo su aparición en la sala. Vio el inerte cuerpo de su esbirro, vio a tres desconocidos y a una pistola que le apuntaba y se quedó helado da pavor.

—¿Qui… quiénes son ustedes? —preguntó. De pronto, reconoció a Stohrer—. ¡Usted! —dijo.

—El mismo, doctor Chronos —sonrió Stohrer—. Aunque en estado normal, su cara es muy distinta de la que vi en la pantalla del videófono.

Sphax se enderezó.

—Bien, eso es lo de menos ahora —contestó—. ¿Han venido a traer el dinero?

Stohrer se echó a reír.

—Mi querido doctor Chronos —contestó—, no sólo no he traído el dinero, sino que ni siquiera lo he sacado del Banco. ¿Es que no se siente usted capaz de adivinar cómo hemos sabido su dirección?

Sphax volvió a acobardarse. Tragó saliva y preguntó:

—¿Qué… qué ha sido de Tim Cornally?

—Está bien, aunque, por supuesto, es mi prisionero. Como usted, doctor Chronos. Pero dejemos ya las preguntas y pasemos al asunto serio. ¿Dónde tiene usted la droga envejecedora?

—Ah, conque es eso —murmuró Sphax.

—Justamente. ¿Dónde la tiene? —insistió Stohrer.

—¿Cuánto va a pagar por ella? —preguntó el chantajista.

—Ni un centavo.

La negativa era lo suficientemente rotunda como para que Sphax supiese a qué atenerse. Cruzándose de brazos, dijo:

—Entonces, no tendrán la «chronilina».

Stohrer emitió uña risa baja, siniestra. Hizo un gesto con la cabeza y sus dos esbirros saltaron sobre Sphax, agarrándolo por los brazos.

—Muy bien, doctor. Chronos, vamos ahora a ver cuánto tiempo dura su negativa —dijo Stohrer fríamente.

Blake y Shavy hicieron sentar a la fuerza al prisionero en un sillón. Stohrer sacó una afilada navaja y probó el filo con el pulgar.

—¿Dónde está la droga? —insistió.

Sphax se puso a sudar inmediatamente.

—No lo diré… Tienen que darme algo…

Stohrer se acercó a él y agarró una de sus orejas.

—Hay en el cuerpo humano numerosos apéndices externos: orejas, nariz, los dedos… Uno puede estar cortando pedacitos horas enteras, sin que la víctima muera.

Los ojos de Sphax voltearon agónicamente.

—Qui… quiero garantías —tartamudeó.

—Las tendrá. No le mataremos —contestó Stohrer.

—Ha… hay un cuadro en mi dormitorio…

Stohrer plegó la navaja, hizo un gesto con la cabeza y los esbirros izaron al prisionero en vilo.

—Espero que no haya ninguna trampa en el escondite, doctor Chronos, porque, en tal caso, usted sería el primero en morir.

La había, pero Sphax la desconectó antes. En aquellos momentos sólo le interesaba salvar la vida.

Stohrer contempló el frasco con morbosa sonrisa.

—¿Cuál es la dosis? —preguntó.

—Un centímetro cúbico causa un efecto de envejecimiento de veinte a uno —contestó Sphax.

—O sea, que si se aumenta la dosis, aumenta la «velocidad» de envejecimiento.

—Sí, justamente.

—¿Y duran siempre esos efectos?

Sphax se encogió de hombros.

—En todo caso, son irreversibles —contestó.

—Muy bien, andando —ordenó Stohrer.

—Eh, ¿adonde me llevan ustedes? —protestó Sphax, cuando se

sintió empujado de nuevo hacia la sala.

Stohrer le miró por encima del hombro.

—¿Me cree tan tonto como para aceptar su palabra simplemente, sin más pruebas? —contestó.

Sphax creyó entender el significado de aquella respuesta y se puso mortalmente pálido.

—Sí —confirmó Stohrer con espantosa sonrisa—; yo no puedo llevarme simplemente este frasquito a casa y emplear su contenido, sin antes haber comprobado su eficacia.

CAPÍTULO X

Colleen salió al encuentro de su visitante, tendiéndole ambas manos, a la vez que le dirigía una afectuosa sonrisa.

—¡Kit! Cuantos días sin verle —exclamó—. Ya creí que había llegado a olvidarse de nosotros.

—No mencione imposibles, Colleen —sonrió él—. Cuando menos, en lo que a usted se refiere.

—Vamos, vamos, Kit, no venga ahora a tapar su falta con unas cuantas palabritas amables —dijo la chica jovialmente.

—He tenido trabajo, de veras —aseguró Orlan.

—¿Interesante?

—Mucho, Colleen.

Ella le miró y adivinó que su visitante hablaba con toda seriedad.

—Vamos al salón —dijo—. Le daré algo de beber y usted me contará todo lo que ha hecho estos días.

—Se lo diré en dos palabras, Colleen. Tratamos de que Minerva Oxford vuelva a su estado anterior.

La joven se sobresaltó.

—¿Habla en serio, Kit? —preguntó.

—Este asunto no es para ser tomado a broma —respondió él, mientras aceptaba la copa que le ofrecía Colleen.

—¿Acaso han encontrado la droga que le devolverá la juventud perdida?

—No tenemos la menor idea de dónde pueda hallarse esa droga, ni siquiera si existe. Estamos empleando otro procedimiento…, ¡y quiera Dios que dé resultado, porque de otro modo, a Minerva apenas le quedan dos semanas de vida!

—Me aterra usted —confesó la muchacha—. Y, ¿cuál es ese

procedimiento?

—Si se lo dijera, no lo creería —repuso Orlan—. Perdóneme, pero por ahora es secreto. No es que yo desconfíe de usted, sino que, para dar ánimos a Minerva, le dijimos que no lo divulgaríamos. Quiero mantener mi palabra mientras me sea posible.

—Comprendo, Kit, pero creo que está hablando en plural. ¿Hay alguien más que intervenga en el asunto?

—Sí, el ingeniero Harvard. Era pretendiente de Minerva y está empeñado en curarla a todo trance.

—Bueno, si es un procedimiento rejuvenecedor que resulta, podrán patentarlo luego y ganar mucho dinero —exclamó ella alegremente.

—Si da resultado, ¿por qué no? —contestó Orlan en el mismo tono.

Jonathan May hizo su aparición en aquel momento.

—Hola, muchachos —saludó afectuosamente—. ¿Todo bien, capitán?

—Todo bien, señor —dijo Orlan.

—Me alegro. —May consultó su reloj—. Tienen que dispensarme, pero he de acudir a una cita inaplazable.

—¿Latimer? —preguntó Colleen.

—Sí, el mismo. Adiós, sobrina. Capitán, ha sido un placer…

May se marchó. Colleen lanzó un suspiro.

—A veces le compadezco y a veces le admiro —dijo—. Está metido de lleno en la política, cosa que yo detesto profundamente.

—No sabía que el gran Jonathan May fuese tan aficionado, a la política —observó Orlan.

—Oh, entre él y otros varios están empeñados en presentar un nuevo candidato para la presidencia, un tal Gyordzany…, pero eso son cosas de personas mayores, ¿no cree?

—Mis aficiones van por muy distintos derroteros, en efecto —convino Orlan, mientras fijaba su vista en el lindo rostro de la muchacha.

* * *

Stohrer se inclinó sobre el prisionero, que dormía apaciblemente en su camastro. Blake y Shavy estaban presentes en el sótano del edificio, que Stohrer había destinado a encierro de sus dos prisioneros.

Una amplia sonrisa distendió los labios de Stohrer.

—Es cierto —dijo—. La «chronilina» resulta.

Sphax abrió los ojos en aquel momento. Al ver que no estaba solo, se sentó de golpe en el camastro.

—¿Cuándo me van a soltar? —gritó.

Stohrer hizo un gesto negativo.

—Lo siento, pero usted no saldrá ya jamás de aquí —contestó fríamente.

—Tengo dinero…

—¡Imbécil! ¿Cree que la promesa de unos cuantos miles me hará cambiar de opinión?

Stohrer se dirigió hacia la puerta. Ciego de rabia, Sphax saltó de la cama y corrió hacia él, con las manos dirigidas a su cuello.

Shavy le puso la zancadilla. Sphax rodó violentamente por tierra. Deprimido, se echó a llorar, sin ánimos ya para reaccionar de nuevo.

Había ingerido veinte centímetros cúbicos de «chronilina». La perspectiva de morir de viejo le llenaba de terror…, pero sabía que ya no podía hacer nada para cambiar su tétrico destino.

Stohrer y sus esbirros se acercaron a la puerta de una habitación contigua.

—Vamos a ver cómo está Cornally —dijo.

—Tomó treinta centímetros cúbicos —recordó Blake.

—Sí, ya lo sé.

—¿No andará luego escaso de la droga, jefe? —dudó Shavy.

Stohrer se echó a reír.

—Había casi quinientos centímetros cúbicos en el frasco —respondió, a la vez que hacía señales de que abriesen la puerta—. Hemos gastado cincuenta en las pruebas, así que vosotros mismos podéis calcular lo que queda.

Shavy abrió. Un hombre, sentado en una silla, alzó lentamente la cabeza y les miró con ojos apagados.

A pesar de que estaba preparado para ello, Stohrer no pudo por menos de estremecerse. El aspecto de Cornally había cambiado tremendamente en los ocho días de encierro.

Todo su pelo estaba completamente blanco y su piel aparecía llena de arrugas. Las manos le temblaban visiblemente.

Cornally dijo algo con voz cascada, pero sus palabras resultaron ininteligibles. De pronto, unos objetos diminutos brotaron de su boca de labios casi morados y cayeron al suelo con siniestro repiqueteo.

—¡Se le están cayendo los dientes! —dijo Blake, aterrado.

—Claro, la edad —sonrió Stohrer—. En ocho días ha envejecido setenta u ochenta años. Ahora tiene más de cien.

Cornally hizo un esfuerzo y levantó la mano, pero, de pronto, cerró los ojos y se desplomó al suelo.

Stohrer se impresionó un poco. Luego, rehaciéndose, dio un paso hacia delante y se arrodilló junto al caído, se inclinó.

—¿Muerto? —preguntó.

—Sí, de vejez —contestó Stohrer.

Se puso en pie. Sus ojos brillaban triunfalmente.

—Ahora ya no nos cabe duda de que la «chronilina» es la droga que estábamos necesitando —dijo—. Ocupaos del cadáver; yo voy arriba a hablar con un buen amigo.

Minutos después, tenía en la pantalla la cara de Pannilov.

—¿Hay noticias, Stohrer?

—Maravillosas, Eugen. Podemos dar el asunto por resuelto.

—¿Qué tal las pruebas?

—Un éxito rotundo, Eugen.

Los dedos de Pannilov tamborilearon sobre su mesa de despacho.

—Oye, Stohrer…

—Dime, Eugen.

—Creo que sería conveniente, antes de hacer nada, buscar la rendición del adversario. Tú me entiendes, ¿verdad?

Stohrer se quedó con la boca abierta.

—¿Negociar con ellos? —preguntó.

—Sí, justamente.

—Se negarán…

—Inténtalo. Las cosas quedarían mejor para nosotros si se retirasen de la competición.

—¡Hum! —dudó Stohrer—. Pero si tú lo crees así…

—Estimo que así debe ser —confirmó Pannilov—. Naturalmente, no puedes actuar de un modo directo, sino conversando con alguno de los que componen su Estado Mayor.

—¿Por qué no me sugieres un nombre, Eugen?

Pannilov meditó un momento. Luego dijo:

—Ya está, Jonathan May. Es el más indicado, créeme.

—Muy bien, procuraré hablar con May en cuanto me sea posible.

—Infórmame del resultado de la entrevista. Sólo si fuese negativa irremisiblemente, emplearíamos el otro procedimiento.

—De acuerdo, Eugen. Tú mandas.

Stohrer cortó la comunicación. Un gesto de desprecio apareció en sus labios.

—Es perder el tiempo estérilmente —murmuró.

* * *

Minerva Oxford vio la pequeña astronave que flotaba lentamente en el espacio y corrió a su cámara, para ponerse el velo que ocultaría sus facciones. Momentos después, pudo ver a los dos hombres que, con trajes de vacío, se acercaban a su nave.

Unos minutos más tarde, Orlan y Harvard entraban en la astronave. Minerva les recibió con su habitual indumentaria: vestido largo hasta los tobillos y velo negro.

Harvard alargó una mano hacia ella. Minerva puso las suyas a la espalda.

—No —dijo lacónicamente.

—Perdona, lo siento —se disculpó el ingeniero.

—Dejemos esto por ahora —terció Orlan—. Minerva, ¿cómo te encuentras?

—Un poco mejor, no mucho —respondió ella.

Orlan la miró fijamente.

—Minerva, vamos a tu cámara —ordenó.

La actriz obedeció sin protestar. Harvard se quedó en el mismo sitio.

—Quítate el velo —dijo Orlan, apenas estuvieron a solas.

Minerva se descubrió la cara. Orlan la contempló fijamente durante algunos segundos.

—¿No he cambiado mucho, verdad? —dijo ella riendo amargamente.

—No, es cierto, no has cambiado mucho, pero saberlo, ¿no te hace sentir esperanzas?

—¡Kit! ¡Mi cara tiene el mismo aspecto que hace dos semanas…!

—Por eso mismo —exclamó Orlan—. Deberías tener el aspecto de una anciana de ciento veinte o ciento treinta años… y sigues lo mismo que el día en que te trajimos a la nave. A mí me parece incluso que tienes mejor cara, pero, en el peor de los casos, hemos detenido tu proceso de envejecimiento.

Minerva se quedó parada un momento.

—Eso es cierto —dijo al cabo.

—Por tanto, las esperanzas no se han perdido aún del todo. No te aseguré que cambiarías de la noche a la mañana; sólo te propuse este procedimiento como última solución, sin fijar plazo. Y está dando resultado, ¿comprendes?

—Si tú lo dices…

Orlan le dirigió un gesto de simpatía.

—Comprendo tu impaciencia, pero ahí sí que yo no puedo hacer nada —dijo—. Volvamos a la cámara —indicó.

Minerva se cubrió la cara nuevamente. Harvard estaba examinando los instrumentos del tablero de mando.

—¿Cómo van las cosas, ingeniero? —preguntó el joven.

—Por ahora, todo en orden —respondió Harvard.

—¿Cuál es la velocidad de la nave?

—Dos nueve seis, Kit.

—Doscientos noventa y seis kilómetros por segundo —murmuró Orlan pensativamente—. Es poco, Harvard.

—¡Caramba, Kit! No sé cómo se le ocurre decir una cosa semejante. Es una velocidad casi diez veces superior a la orbital del planeta —se escandalizó Harvard.

—Necesitamos más velocidad, mucha más, cien, doscientas, quinientas veces más que la de la Tierra orbitando en torno al Sol —dijo Orlan tajantemente—. Arrégleselas como pueda, pero consígalo.

—Va a resultar muy difícil…

Orlan se impacientó.

—Minerva le está escuchando —dijo—. Si le ve tan irresoluto, pensará que no es usted el esposo que le conviene.

—Eh, que yo no he dicho nada —protestó la actriz

—Yo no he dicho que tú lo digas, sino que lo estás pensando —exclamó Orlan de buen humor—. Vamos, hombre, haga lo que le he pedido. Por Minerva, claro.

—Tendré que estrujarme los sesos —contestó el ingeniero.

—Minerva se merece eso y mucho más. ¿Lo conseguirá, Harvard?

—Creo que sí, pero encuentro un inconveniente.

—Dígalo, por favor —pidió Orlan.

—Si logro conferir a la nave una velocidad de quince mil kilómetros al segundo…

—Veinte veces menor que la de la luz —dijo el joven, implacable. '

—De acuerdo, pero es que entonces no podremos equiparar las órbitas de la otra nave para visitar a Minerva.

—La nave de Minerva se puede manejar desde la Tierra, ¿verdad? Eso es todo cuanto necesitamos. Una vez curada, la hacemos volver por los controles a distancia y asunto solucionado. Pero lo que interesa es velocidad, más velocidad, muchísima más velocidad —concluyó Orlan insistentemente.

CAPÍTULO XI

Colleen tendió ambas manos a su visitante.

—¿Novedades, Kit? —preguntó.

—No tengo malas noticias, en efecto —sonrió él.

—Me alegro. ¿Ha visto a Minerva?

—Sí. La cosa va lenta por ahora, pero creo que volverá a ser la que era…

—Estupendo, Kit. ¿Quieres tomar algo?

Una puerta se abrió en aquel momento. La voz de May salió colérica a través del hueco.

—¡No, en absoluto! —tronó—. No quiero cooperar a la corrupción, señor Stohrer. Puede amenazarme cuanto quiera, pero no logrará convencerme para que deje de apoyar a un hombre honrado que quiere sanear una administración podrida. Váyase y no me mire más a la cara, ni aquí ni en ninguna otra parte.

Un hombre apareció en el salón. Cerró de un portazo, pero, al ver a la pareja, moderó la expresión de cólera que aparecía en su rostro.

—Señorita —saludó.

—Señor Stohrer —dijo Colleen.

El visitante hizo una inclinación de cabeza y se dirigió hacia la puerta. Orlan y Colleen intercambiaron una mirada de extrañeza.

—¿Qué le habrá pasado? —dijo ella.

—¿Lo conoces, Colleen?

—Sí, mi tío me lo presentó hace un rato. Tiene grandes negocios, eso es todo lo que sé.

—A juzgar por lo que hemos oído, va a meterse en política.

May salió en aquel momento del despacho.

—Hola, Kit —saludó.

—Señor —dijo el joven.

—Creo que he dicho algunas palabras gordas. Tendréis que excusarme.

—No se preocupe, señor May —sonrió Orlan.

—¿Por qué has discutido tan violentamente con Stohrer? —preguntó la muchacha.

—Vino a proponerme que dejase de apoyar a Gyordzany, Colleen.

—Ah —murmuró ella.

—Y usted procurará que Gyordzany sea elegido —intervino Orlan.

—Por supuesto, a pesar de las amenazas de Stohrer.

—¿Cómo? —se sorprendió Colleen—. ¿Te ha amenazado ese sinvergüenza?

—Bueno, no exactamente a mí, sino a Gyordzany —aclaró May.

—Yo creí que la política era algo más limpio, señor.

May lanzó una amarga carcajada.

—Debiera serlo, muchacho. Tú no tienes ni idea de lo que se cuece entre bastidores, ni de las componendas que se hacen entre los políticos. Pero claro, para todo hay un límite, como puedes suponer.

—Sí, desde luego. De modo que Stohrer ha amenazado a Gyordzany.

—En efecto.

—Pero, ¿cómo se ha podido atrever…? —dijo Colleen, indignada.

May se encogió de hombros.

—Stohrer pertenece a la camarilla del actual presidente. Si éste no es reelegido, él perderá mucho —contestó.

—En vista de lo cual, trata de intimidar a sus adversarios políticos —dijo Orlan.

—Sí, aunque no he entendido bien lo que ha querido decirme. Se ha referido a Gyordzany de una manera un tanto rara.

—¿Qué es lo que ha dicho, tío? —preguntó Colleen.

—Francamente, no lo entiendo del todo. Stohrer se ha referido a él de una manera ambigua. Más o menos, ha venido a decir que los viejos no pueden aspirar nunca a la presidencia.

—¡Qué barbaridad! —se escandalizó Colleen—. No sé cómo puede llamar viejo a Gyordzany. ¡Si acaba de cumplir los cincuenta años!

—Pues eso es lo que ha dicho y no puedo dar más explicaciones —insistió May.

—¿Cuánto falta para las elecciones, señor? —preguntó Orlan de pronto.

—Unos tres meses —respondió May.

Orlan se quedó muy pensativo. Deseaba ayudar a Jonathan May, pero, por el momento, tenía otra cosa más urgente que hacer.

La curación de Minerva Oxford tenía primacía sobre cualquier otro asunto.

* * *

—Como te decía, la entrevista ha sido un fracaso.

Eugen Pannilov llenó dos copas y entregó una a su interlocutor. La conversación tenía lugar en el despacho privado del primero, a petición de Stohrer.

—No me lo esperaba, la verdad, no me lo esperaba —declaró Pannilov, apesadumbrado.

—Eres un ingenuo —le apostrofó Stohrer—. Gyordzany viene precedido de una aureola de honestidad, auténtica o simulada, tanto da, y la gente le votará. Seremos derrotados en toda la línea.

Pannilov se volvió bruscamente hacia el visitante.

—Entonces, ¿sugieres que tomemos medidas más drásticas?

—Sí —contestó Stohrer, impasible, a la vez que se llevaba la copa a los labios.

—Se le podría preparar una trampa a base de un escándalo…

—No daría resultado. El público lo adivinaría en seguida. No es un remedio, pero casi resultaría preferible el asesinato.

—¡No, rayos! —gritó Pannilov.

Stohrer le miró despreciativamente.

—Sólo te he dado mi opinión —manifestó—. Pero tienes un puesto magnífico. Gyordzany no te lo confirmará, si resulta elegido.

Pannilov se acarició la mandíbula con mano nerviosa.

—En eso tienes razón —convino.

—Y, además, podría ordenar luego una investigación sobre tus actividades.

—«Nuestras» actividades —recalcó Pannilov.

—Yo sólo soy un hombre de negocios que, en política, se mueve en la sombra. Mi posible descrédito no afectaría a los negocios; tal vez perdería fuertes cantidades, pero seguiría adelante. En cambio, tú acabarías tu carrera política… y puede que dieses con tus huesos en la cárcel.

—Los dos iríamos a la cárcel, Girdin.

—Yo no he desempeñado un cargo oficial. Eso es una agravante —le recordó Stohrer, impasible.

Pannilov empezó a perder terreno.

—Entonces, ¿no hay solución? —dijo, desmoralizado.

Stohrer acabó el licor de su copa.

—Sólo una —respondió—. No te prometo resultados para mañana, pero sí te garantizo que Gyordzany no se presentará a las elecciones.

—¿E… estará muerto?

—Quizá sí, pero, en todo caso, nadie sospechará nada, puedes estar seguro de ello —declaró Stohrer tajantemente.

—Bien —se resignó Pannilov—. ¿Cuál es el plan, Girdin?

—Tendrás que disculparme, pero sólo conocerás los resultados. Creo que es mejor para ti, Eugen.

Pannilov asintió. Sí, era una respuesta adecuada. No le importaba lo que pudiera pasar con Gyordzany; lo interesante era que quedase fuera de la escena política. «Sin riesgo para ninguno de nosotros, claro», resumió sus pensamientos.

* * *

—¿Cuál es la velocidad de la nave. Minerva? —preguntó Orlan a través de las ondas de radio.

—La aguja señala la cifra ciento ochenta, Kit —respondió la actriz.

—No está mal. ¿Qué dice el indicador de aceleración?

—Sigue encendido. ¿Qué significa eso. Kit?

—Muy sencillo, la nave continúa aumentando su velocidad.

La actriz se quedó callada un momento.

—A veces siento miedo, Kit —dijo luego.

—¿Por qué? Todo marcha perfectamente a bordo, ¿no?

—Sí, pero esta velocidad… Se me antoja fantástica, créeme.

Orlan se echó a reír.

—Sólo es ciento ochenta veces superior a la velocidad orbital de la Tierra y tienes que duplicarla, por lo menos. Es más, yo creo que hasta que la aguja no llegue a la cifra quinientos, no se debe estabilizar la velocidad de la nave.

—¡Pero eso serán, quince mil kilómetros por segundo! —se alarmó Minerva.

—Sí, ya lo sé.

—Es…, Kit, no sé qué decir…

—No digas nada, Minerva. ¿Cómo te sientes?

—La verdad, mucho mejor, más animada físicamente… y también con mejor moral.

—Lo celebro, Minerva. ¿Cuál es tu aspecto ahora?

—No lo sé, Kit —respondió la actriz.

—Vas a conseguir que me indigne. ¿Es que no te has mirado al espejo?

—Los guardé todos el primer día de mi llegada, Kit.

—Bueno, pero, no me dirás siquiera que no te has visto las manos o te has tocado la cara.

—Eso es cierto. La piel está mucho más lisa y suave…

—Muy bien, Minerva. Ahora pulsa el botón señalado con las letras TV en el cuadro de mandos, junto al de la radio.

Minerva se rebeló en el primer momento.

—¡No, Kit…!

—Muchacha, yo no digo que te mires al espejo. Lo que sí te pido es que te pongas frente al objetivo del transmisor de imágenes. Vamos, haz lo que te pido.

Ella dudó un momento. Luego oprimió la tecla señalada.

La cara de la actriz apareció momentos después en la pantalla del receptor. Orlan sonrió.

—Minerva, un esfuerzo más…, tal vez sólo otra semana y habrás recuperado tu aspecto anterior —dijo.

* * *

—El plan es muy sencillo —sonrió Stohrer—. Gyordzany tiene un ayuda de cámara. Ahí está.

Stohrer apoyó la mano sobre una tecla y el proyector se encendió en el acto. Un hombre de unos cincuenta y tantos años apareció en la pantalla.

—¿Cómo se llama? —preguntó Blake.

—Pierre Morel —contestó Stohrer.

—¿Piensa quitarlo de en medio? —inquirió Shavy.

—En cierto modo, sí. Vosotros os encargaréis de ello, cuando yo lo ordene. Pero bien entendido que Morel ha de desaparecer

absolutamente, como si jamás hubiese existido… ¿Está claro?

Blake y Shavy hicieron un común gesto de asentimiento. Stohrer desconectó el proyector.

—Os doy una semana para que estudiéis los hábitos de Morel —dijo —. Quiero un informe detalladísimo, incluso hasta de los pañuelos que emplea cuando está, acatarrado. Ese es vuestro papel por ahora, de modo que ya podéis empezar inmediatamente.

Los esbirros salieron sin añadir uña sola palabra más. Entonces Stohrer se levantó, cruzó la estancia y abrió una puerta.

Al otro lado había un hombre sentado en el diván.

Al ver a Stohrer se puso en pie.

—Venga, Harris —dijo Stohrer.

El individuo obedeció. Stohrer cerró la puerta y volvió a encender el receptor.

—¿Ve usted a ese hombre, Harris?

—Sí, señor Stohrer.

—Necesito que se convierta en un duplicado exacto. Tengo más fotografías y hasta un par de películas con sus movimientos. Luego le proyectaré todas las imágenes, pero antes quiero que me conteste si se atreve a desempeñar su papel.

—No hay dificultad alguna, señor Stohrer…, pero, ¿qué he de ganar yo con esa actuación?

Stohrer apagó el proyector y dio las luces de la estancia.

—Medio millón de neodólares —contestó.

Harris pegó un salto.

—¿He oído bien? —preguntó.

—La cifra está correctamente mencionada —respondió Stohrer, impasible—. Pero le haré dos advertencias.

—Sí, señor Stohrer.

—Primero, obedecerá mis órdenes sin discutirlas siquiera.

—No se tratará de cometer un crimen, ¿verdad? —dijo Harris, alarmado.

Stohrer sonrió.

—No tema, amigo mío —contestó con fingida benevolencia—. Desde luego, no le pagaré el medio millón por nada, pero, insisto, no habrá muertes.

—Siendo así… —accedió Harris, mucho más aliviado.

—Y la segunda advertencia es que la menor indiscreción acerca de

esta entrevista o de lo que vaya a hacer usted por órdenes mías, le costará la vida —terminó Stohrer con acento estremecedor.

CAPÍTULO XII

—¿Cómo van los negocios políticos de tu tío, Colleen? —preguntó Orlan.

—Supongo que bien. Yo le ayudo en algunas cosas, pero más que nada en la administración de sus bienes particulares. De política no hablamos apenas, aunque sé que tiene todas las esperanzas puestas en Gyordzany.

—Sólo deseo que Gyordzany no sea de la clase de políticos que prometen mucho cuando hacen propaganda electoral y luego, cuando llegan al poder, se olvidan de todas sus promesas.

—Bueno, no creo que eso nos importe mucho, Kit. Pero todavía no me has dicho adonde me llevas —observó la muchacha.

—Ten un poco de paciencia —sonrió él.

Un cuarto de hora más tarde, el aeromóvil se posaba en el jardín de la casa de Harvard. Los dos jóvenes se apearon y se dirigieron de inmediato a la entrada.

Charlotte Harvard les recibió amablemente.

—Esta es Colleen May, señora —presentó Orlan—. Colleen, la señora Harvard.

—Encantada, señora.

—¿Qué tal, muchacha? Si buscan a Sylvester, está arriba, en su cuarto de trabajo —manifestó Charlotte.

—Gracias, señora. ¿Vamos, Colleen?

Los dos jóvenes subieron al piso superior. Harvard le recibió, un tanto desconcertado.

—Hola —dijo.

—Pareces muy serio, Sylv —notó Orlan.

—He llamado a Minerva. Me ha dicho que aguarde un rato. No sé

qué diablos estará haciendo —contestó el ingeniero.

—Andará ocupada en algo —supuso Orlan—. Anda, Sylv, ve abajo y déjanos solos.

Harvard se rascó la cabeza, irresoluto. Al cabo de unos momentos, se dirigió hacia la puerta.

—No creo que ella te conteste, Kit —dijo, mientras abría.

Orlan sonrió, pero guardó silencio. Luego se acercó a la consola donde estaban todos los instrumentos de control de la astronave.

—Esto es… fabuloso —dijo Colleen, admirada—. ¿Para qué lo tiene tu amigo?

—Experimentos científicos —respondió Orlan ambiguamente.

Empezó a mover las manos sobre el tablero. Al cabo de unos segundos se iluminó una gran pantalla de televisión.

Una mujer, de pelo rubio, vestida con blusa y pantalones cortos, apareció en la pantalla, vuelta de espaldas, mientras realizaba ejercicios gimnásticos. Colleen se sintió llena de curiosidad.

—¿Quién es? —preguntó en tono bajo.

—Ahora lo verás —respondió Orlan. Tomó un micrófono y dijo—: Hola, Minerva.

La actriz lanzó un grito de sorpresa, a la vez que suspendía su ejercicio.

—¡Kit!

—¿Cómo te encuentras, Minerva? Oye, ¿sabes que estás guapísima?

Minerva se puso en jarras frente a la cámara.

—Kit, condenado sinvergüenza, ¿cómo es que me hablas, sin que yo haya dado el contacto?

Orlan lanzó una alegre carcajada.

—Olvidas que todos los instrumentos de a bordo pueden manejarse desde este puesto de control —dijo—. Si no lo hemos hecho en otras ocasiones, ha sido por discreción, sobre todo, Sylvester.

—Seguro que me estás viendo —exclamó ella.

—Sí, y te encuentro más hermosa que nunca. ¿Te has mirado ya al espejo?

Minerva sonrió.

—¿Eres un demonio, Kit? —preguntó.

—No, sino un buen amigo tuyo. Minerva, voy a decirle a Sylvester que inicie las operaciones de deceleración. Tomarás tierra dentro de dos o tres días.

—¿No… no recaeré? —dudó la actriz.

—Desecha esos temores. Ahora, por supuesto, el curso de tu vida seguirá el tiempo normal, pero eso será todo.

—Kit, no sé cómo darte las gracias…

La voz de Minerva sonaba extrañamente conmovida.

—Dáselas a Sylvester —contestó Orlan—. De no haber sido por sus aparatos, yo no habría podido hacer nada.

—Pero la idea fue tuya, Kit —insistió ella.

—Bueno, ya hablaremos cuando aterrices. Sigue con tu gimnasia…, aunque no comprendo por qué lo haces.

—¿Es que no lo ves? ¡Estoy gordísima! —se quejó Minerva.

Orlan volvió a reír.

—Querida, no olvides que a los hombres nos gustan más bien llenitas —contestó de buen humor. Y se despidió—: Estaremos presentes para recibirte cuando aterrices.

Cortó la comunicación. Colleen, admirada, no había dicho nada todavía.

—Kit…

Orlan la agarró por un brazo.

—Vámonos —propuso—. Te lo contaré todo en el camino de vuelta.

* * *

El hombre, alto, distinguido, con entradas en las sienes, que ya se veían plateadas, abandonó el local donde había estado presenciando una función de teatro y se encaminó a una de las cintas transportadoras de mediana velocidad.

Treinta minutos más tarde, Pierre Morel abandonó la última de las cintas que había empleado para regresar a casa y se dispuso a cubrir a pie los últimos centenares de metros. Entonces fue cuando Blake y Shavy le salieron al encuentro.

Shavy le golpeó en el cráneo con un objeto contundente. Morel vaciló y Blake tiró de él, metiéndolo en el aeromóvil a la fuerza.

—Arriba, arriba —dijo, un tanto nervioso.

Shavy ocupó el asiento del piloto. Morel no había perdido el conocimiento, pero se sentía incapaz de reaccionar.

Blake quedó junto a la víctima, mientras Shavy hacía que el aparato se elevase a gran velocidad. Una vez alcanzada la línea de rumbo, pocos minutos más tarde, tomó un micrófono y llamó:

—¿Jefe?

—Aquí, Shavy —contestó Stohrer.

—Objetivo alcanzado. Nos dirigimos hacia el lugar señalado para el final de la operación.

—Está bien.

—¿Algo más, jefe?

—No, eso es todo por ahora. Informa del final de la operación.

—Sí, señor.

Shavy volvió el micrófono a su sitio.

—¿Has oído, Ron?

—Desde luego. ¿Cuánto tardaremos, Emil?

—Un cuarto de hora, más o menos.

—Suficiente —aprobó Blake.

Estaba muy ocupado colocando un fuerte hilo metálico en torno a los tobillos de la víctima. El otro extremo del hilo estaba sujeto a un lastre hecho con lingotes de hierro viejo.

En el plazo señalado, el aeromóvil llegó a situarse a unos trescientos metros de una gran superficie líquida. Era una presa para el suministro de energía eléctrica y regadío y el muro de contención quedaba muy a lo lejos, a varios kilómetros de distancia del punto en que terminaba la imaginaria línea vertical tendida del aparato a la superficie del embalse.

Morel continuaba semiinconsciente. Shavy detuvo el aeromóvil y Blake abrió la portezuela.

El aparato era amplio y espacioso en su interior. Entre los dos, arrastraron a Morel hasta el borde y luego lo lanzaron al espacio.

Morel cayó dando volteretas. Un par dé segundos más tarde, les pareció oír un grito.

—¿Se habrá despertado? —dijo Shavy.

—En todo caso, ya está dormido, para siempre —rio Blake.

En la oscuridad de la noche, era relativamente visible la mancha blanca de espumas que había surgido bruscamente de la superficie de las aguas.

—¿Qué profundidad hay en ese punto? —preguntó Blake.

—Más de trescientos metros, Ron —contestó Shavy.

—Entonces, no te preocupes. Jamás encontrarán el cuerpo de Morel —aseguró Blake enfáticamente.

* * *

—¿Sabe ya lo que debe hacer, Harris? —preguntó Stohrer.

—Sí, señor.

—Ahora es usted Pierre Morel. No falle o no tendrá el dinero que le he prometido.

—No fallaré —aseguró Harris.

—Tendrá que seguir todavía unos días con Gyordzany. Después, ya sabe, debe hacer un viaje inesperado a la tierra de sus mayores y es posible que permanezca en Bretaña una larga temporada. Gyordzany, naturalmente, tendrá que buscarse otro mayordomo. Usted recobrará su apariencia habitual y Pierre Morel habrá desaparecido para siempre.

Harris asintió. Luego, con paso firme, echó a andar hacia la casa situada a unos cien pasos de distancia y que era la residencia del político.

Un cuarto de hora más tarde, con las ropas propias del oficio, se asomaba al salón donde Gyordzany leía unos documentos, sentado en una butaca.

—Señor, ya he vuelto —dijo.

—Ah, hola, Pierre —sonrió Gyordzany—. ¿Interesante la función de teatro?

—Muy interesante, señor. Si el señor me lo permite, le recomiendo vaya a verla.

—Lo haré en cuanto pueda, Pierre. Gracias por tu información.

—Ha sido un placer, señor. El señor querrá ahora tomar el aperitivo de costumbre, me imagino.

—Así es, Pierre. Estaba aguardando tu llegada para que me lo preparases. Yo no consigo dosificar la mezcla como lo haces tú.

—El señor me halaga innecesariamente —sonrió el falso Morel—. Es una mezcla de muy sencilla fórmula.

El falso Morel mentía.

En el contenido de la copa que sirvió a Gyordzany iban veinte centímetros cúbicos de «chronilina», la funesta droga inventada por el doctor Maurer.

CAPÍTULO XIII

Cuando la astronave, guiada por control remoto, tocó tierra, Orlan echó a correr, incapaz de contenerse. Colleen le seguía de cerca.

Orlan abrió la escotilla y se precipitó en el interior. Minerva Oxford se ponía en pie en aquel momento.

—¡Cielos! —dijo Orlan, con los ojos desmesuradamente abiertos.

—¡Increíble! —exclamó la muchacha.

Minerva tendió las manos hacia Orlan.

—Kit, ¿cómo podré darte las gracias…? —dijo, conmovida.

—Dáselas a Sylvester. Está en casa, aguardándote impaciente —contestó él.

—¿Por qué no ha venido? —se extrañó la actriz.

—Bueno, los instrumentos de control remoto están allí. Tenía que dirigir el aterrizaje de la nave.

—Ah, ya entiendo. Bien, cuando quieras… ¿Qué le parezco, Colleen? —Minerva dirigió a la muchacha una cálida sonrisa.

—Señora Oxford, le tengo mucha envidia —confesó Colleen, sinceramente.

Minerva se echó a reír.

—No me envidie, Colleen. Entre usted y yo hay quince años de diferencia y eso es algo que nada puede borrar —respondió.

—Tengo ahí el aeromóvil —indicó Orlan—. Vamos ya.

Momentos después, levantaban el vuelo.

—Minerva, ¿qué tal 1a gimnasia?

—Bien, pero se os olvidó ponerme una báscula en la nave —se quejó la actriz.

—De nada te hubiera servido. Hay una tercera parte de gravedad a bordo y la aguja de la báscula hubiera señalado una cifra muy baja. Ya

te pesarás en casa de Harvard.

—Pero, ¿por qué se preocupa usted tanto por el peso? —preguntó Colleen—. Yo encuentro que tiene usted una figura muy atractiva…

—Lo notaba en los, pantalones cortos. Quedaban demasiado llenos —dijo Minerva maliciosamente.

—Es raro. Yo tenía entendido que tú no eras propensa a engordar —comentó Orlan.

—Bueno, porque sigo un régimen bastante severo. Pero ahora, a bordo, me descuidé un poco…

—Lo que comiste de más quedó compensado por la menor gravedad que había a bordo. Eso siempre adelgaza, Minerva —declaró Orlan.

—Entonces, ¿por qué engordé?

Orlan empezó a reflexionar. De pronto, Minerva dijo:

—Hubo una época en que me abandoné, hace cinco años, al morir mi esposo. Estuve varios meses inactiva y gané cinco o seis kilos. Pero luego, cuando me recuperé, volví a mi peso habitual en pocas semanas.

Orlan seguía callado. Presentía la verdad, pero por el momento, prefería guardar silencio. Si, se dijo al cabo de unos instantes, de momento más valía conservar el secreto.

* * *

La ceremonia, aunque sencilla, había resultado bonita y emocionante.

—Me ha gustado mucho —declaró Colleen al entrar en casa, acompañada de Orlan—. Presiento que Minerva y Harvard van a ser muy felices.

—El la adora —sonrió Orlan—. No había más que verle la cara cada vez que la miraba. Parecía un chiquillo… y ya ha cumplido cuarenta y un años.

—En cambio, Minerva parecía una jovencita. Debe dar gusto conservarse siempre tan juvenil… —suspiro Colleen—. ¿Quieres tomar algo, Kit?

—No, gracias; ya he bebido demasiado en el lunch.

El timbre de la puerta sonó de pronto. Una doncella acudió a abrir.

Rex Latimer entró apresuradamente. Parecía muy nervioso.

—Hola, Colleen —saludó—. ¿Está tu tío en casa? Necesito hablar urgentemente con él…

—Lo tiene en su despacho, señor Latimer —indicó ella.

—Cosas de la política —respondió Orlan—. Se la toma demasiado en

serio y…

Latimer y May aparecieron de pronto en el salón. Colleen se acercó a su tío.

—¿Ocurre algo grave? —preguntó.

Los ojos de May brillaban de furor.

—Si no ocurre, está a punto de ocurrir —contestó—. Pero ahora no puedo seguir hablando. Vámonos, Latimer.

Los dos hombres desaparecieron tan rápidamente como habían aparecido. Orlan meneó la cabeza.

—Les compadezco —dijo—. La política no da más que disgustos, Colleen, tenlo siempre en cuenta.

—Para mi tío tiene un atractivo especial y sentiría mucho un fracaso. Le afectaría enormemente, créeme.

—Sí, me lo imagino. Bien, Colleen, yo me vuelvo a casa. Si me necesitas para algo, llámame.

—Está bien, Kit.

* * *

Orlan empezaba a hacer rosados sueños, en los que Colleen tenía una parte muy importante. Se preguntó si la muchacha se resignaría a esperarle durante el largo período que duraba un viaje espacial, aunque también cabía la posibilidad de buscar un empleo en tierra.

En ello pensaba cuando se disponía a acostarse. Entonces sonó el zumbador del videófono.

Se acercó al aparato y pulsó la tecla de contacto. La cara de Colleen se hizo visible en la pantalla.

—¡Colleen! —exclamó él, sorprendido por la inesperada llamada—. ¿Sucede algo?

—Kit, necesito que me ayudes. Es muy urgente —declaró la joven, en cuyas facciones se divisaba una innegable expresión de alarma.

—Pero, ¿qué es lo que pasa? —se alarmó Orlan.

—Kit, ahora no tengo tiempo de explicaciones. ¿Puedes tomar nota de una dirección?

—Sí, desde luego… Habla ya —dijo el joven, una vez provisto de papel y lápiz.

Colleen le facilitó un nombre y unas señas. Orlan se quedó pasmado al conocer la identidad de la persona a cuyo domicilio debía acudir sin pérdida de tiempo.

—Muy bien, iré inmediatamente —prometió.

—No tardes, Kit —rogó Colleen, angustiada.

Orlan se vistió de nuevo. Sentíase preocupado por lo que ocurría. Algo le pasaba a Miklos Gyordzany, pero Colleen no había querido darle más detalles.

—No sé en qué podrá ayudar un simple astronauta a todo un candidato a la presidencia —refunfuñó, mientras salía disparado de su casa.

* * *

Colleen en persona le recibió al llegar a la residencia del político.

—Ven, Kit —dijo.

Orlan se dejó guiar hasta una sala, en la que había tres hombres, uno de ellos sentado y vuelto de espaldas a la puerta.

Los otros dos eran Jonathan May y Latimer. May alargó su mano hacia la del joven.

—Gracias por haber venido, Kit —dijo.

—Colleen asegura que usted podrá ayudarnos —manifestó Latimer —. ¿Es cierto, capitán Orlan?

—Todavía no sé de qué se trata, señor —respondió el aludido.

May hizo un gesto con la mano.

—La persona sentada en el sillón es Miklos Gyordzany —dijo—. Sitúese frente a él, por favor.

Orlan obedeció. Miró a Gyordzany y el político le devolvió la mirada con unos ojos sin brillo.

Hubo un momento de silencio. Luego, Orlan volvió la vista hacia el tío de Colleen.

—¿Desde cuándo está así? —preguntó.

—Empezó a notar los síntomas hace algunos días —respondió May —. Eso es todo lo que puedo decirte, muchacho.

—Es cosa de Stohrer, seguro —dijo Latimer rabiosamente.

Orlan levantó una mano.

—Por favor rogó—. ¿Cómo es posible que no se les ocurriera prever semejante eventualidad?

—¿A quién se le iba a ocurrir? —exclamó May de mal talante.

—Conociendo lo que pasaba, debían de haber previsto todas las posibilidades —insistió el joven.

—La gente de Gyordzany es segura —declaró Latimer.

—¿De veras? —La duda latía en el acento de Orlan—. Alguien le traicionó, quizá el de más confianza. ¡Es tan fácil sobornar a un hombre!

—En mi casa, no —habló el político por primera vez—. Todos me son absolutamente fieles…

—Hasta que se pruebe de modo concluyente, señor —afirmó Orlan contundentemente—. Alguien le propinó la droga, sobre eso, no hay duda alguna. Ahora, vea a ver de quién sospecha y le interrogaremos.

Hubo unos segundos de silencio. De pronto, Gyordzany levantó una mano:

—Esperen —dijo—. Mi mayordomo se despidió hace algunos días…, pero el pretexto que puso es perfectamente válido.

—¿Seguro? —preguntó Orlan.

—Bueno, era oriundo de la región francesa… Dijo que tenía que hacer un viaje inesperado a Bretaña…

—El mayordomo se llamaba Pierre Morel —dijo May—. Comprobaremos inmediatamente si está en donde usted ha dicho, Miklos.

—¡Un momento! —exclamó de repente el candidato—. Creo que Pierre me engañó. En todos los años que estuvo aquí, jamás le oí mencionar Bretaña. Siempre habló de Burdeos…

—Burdeos no es Bretaña, evidentemente —dijo Orlan—. Y ahí, en esas palabras, está la traición de su mayordomo, señor Gyordzany.

—Aguarden, aguarden, no se precipiten —exclamó May—. Miklos, ¿qué tiempo llevaba Morel a su servicio?

—Oh, más de quince años —respondió Gyordzany—. Nunca había tenido la menor queja de él y por eso me extraña doblemente su traición.

—A mí también —confesó May llanamente—. Y un hombre que siempre mencionó Burdeos y de repente cita a Bretaña, no actúa de modo enteramente voluntario.

—¿Trata de sugerirnos que actuó coaccionado por otros? —preguntó Orlan.

—Es muy probable, muchacho. Resulta muy extraño que Morel cometiese su traición precisamente en estas circunstancias. Miklos ha desempeñado relevantes puestos en otros tiempos y nunca tuvo quejas de Morel. ¿Me equivoco, Miklos?

—Es la verdad —corroboró Gyordzany—. Pero, dejarse sobornar

después de tantos años…

—En tal caso, lo habría hecho mejor. No hubiera cometido el error de mencionar Bretaña, sabiendo que podía ser descubierto —alegó Orlan.

—¿Asesinado? —sugirió Colleen, estremecida de horror.

—Sobrina, no dramatices —refunfuñó May.

Orlan levantó una mano.

—La hipótesis de Colleen no es tan descabellada como pudiera parecer —dijo—, aunque, a mi entender, lo más urgente es curar al señor Gyordzany.

—Kit, Harvard está en viaje de novios —exclamó la muchacha.

—Le haremos regresar —decidió Orlan resueltamente—. Mientras tanto, es preciso guardar absoluto secreto sobre lo que sucede.

Latimer se sentía incrédulo.

—Colleen ha dicho que usted es capaz de curar a una persona atacada de senilidad acelerada, como ha llamado a esa enfermedad. Me cuesta mucho creerlo —manifestó.

Orlan sonrió.

—Tendré el gusto de probárselo dentro de tres semanas, como máximo, señor —respondió—. Mientras tanto, aprovecharé para hacer una tarea de suma importancia.

—¿Cuál, Kit? —preguntó la muchacha.

—Averiguar el paradero de Pierre Morel —contestó Orlan resueltamente.

CAPÍTULO XIV

Llamaron a la puerta. Albert Harris dejó el libro que tenía sobre las rodillas, cruzó la estancia y abrió.

Harris arqueó las cejas al encontrarse ante un desconocido.

—¿En qué puedo servirle, caballero? —preguntó cortésmente.

—Usted es Albert Harris —dijo el visitante.

—Así me llamo, en efecto, señor…

—Orlan, Kit Orlan. ¿Puedo pasar, señor Harris?

—Si antes me dice cuál es el motivo de su visita, por supuesto.

—Un contrato teatral, señor Harris.

—En los momentos actuales, estoy retirado de la profesión. No de un modo definitivo, por supuesto…

—Mi propuesta será muy interesante, se lo aseguro —sonrió Orlan—. En el peor de los casos, no le costará mucho escucharme.

—Está bien —accedió Harris, apartándose a un lado—. Entre y tome asiento.

—Gracias, pero como voy a ser breve, no vale la pena.

Harris cerró la puerta.

—Empiece ya, señor Orlan —invitó.

—Se trata de una pequeña broma. Durante unas horas, unos amigos y yo queremos embromar a otro que se va a casar. Sólo queremos que usted tome el aspecto del novio durante la cena de esponsales. Nosotros retendremos al auténtico novio durante unas horas y luego lo soltaremos, justo para que llegue a los brindis. Será muy divertido, créame, y le pagaremos bien.

—Estoy de vacaciones, repito…

—La recompensa merece la pena unas horas de trabajo —sonrió Orlan—. Tengo entendido que usted se hizo famoso por la facilidad con

que adoptaba el aspecto de distintos personajes célebres en escena.

—No se me daba mal, en efecto —convino Harris—. Poseo una gran habilidad para disfrazarme; incluso a corta distancia y de no estar en el secreto, resultaría dificilísimo reconocer la superchería, pero, repito, en estos momentos no deseo ningún trabajo.

—Lo siento —dijo Orlan, con una sonrisa de circunstancias—. Le hubiéramos pagado bien, por supuesto, aunque, claro está, no tanto como por desempeñar el papel de Pierre Morel.

Un profundo silencio gravitó sobre la estancia. Harris palideció.

—No… no sé de qué me está hablando —dijo con voz insegura.

Orlan agitó una mano.

—Oh, era una mera referencia, sin importancia alguna —dijo con voz neutra—. Dispénseme la molestia, señor Harris.

—Todo lo contrario, amigo mío. Buenas noches, señor Orlan.

El joven se dirigió hacia la puerta. Harris abrió y Orlan pasó por delante de él.

Antes de que la puerta se cerrase, puso un papel doblado en el marco. Harris cerró, pero el pestillo no hizo su recorrido completo.

Orlan esperó unos momentos. Luego hizo girar el pomo y abrió un poco la puerta.

Harris estaba hablando con alguien a través del videófono. Su voz tenía indudables matices de alarma.

—Sí, señor Stohrer… Han descubierto la trampa, no sé cómo, pero es la verdad… Escuche, tiene que hacer algo para sacarme de este lío… ¿Cómo, que no me preocupe? Se nota que usted no está en mi pellejo… Bien, aguardaré a su mensajero… Pero si no hace algo, lo soltaré todo, ¿estamos? Muy bien, adiós.

Orlan volvió la puerta nuevamente, aunque sin cerrarla del todo. Siguió esperando y, al abrir de nuevo una vez, vio que la sala estaba desierta.

Sin pensárselo dos veces, entró y buscó refugio detrás de un sillón de elevado respaldo. Armándose de paciencia, se dispuso a esperar la llegada del mensajero de Stohrer.

* * *

El ding-dong de la puerta sonó. Harris cruzó con paso rápido la estancia y abrió.

—Hola —dijo un hombre—. ¿Qué pasa, Harris?

—Vino un individuo a buscarme. Dijo llamarse Orlan. Quería contratarme para que desempeñase el papel de un amigo suyo. Yo me negué. Entonces, él dijo que lo comprendía perfectamente, puesto que no podía pagarme tanto como otros me habían pagado para desempeñar el papel de Pierre Morel.

—Eso es grave —dijo Blake fríamente—. De modo que se llama Orlan.

—Al menos, ése fue el nombre que dio.

—Muy bien, Harris. Vamos a solucionar este asunto. Vístase y venga conmigo.

—¿Adonde? —quiso saber Harris, desconfiado.

—No haga preguntas —rezongó Blake—. Ya lo sabrá cuando lleguemos a…

—Aguarde, aguarde —pidió el actor—. Antes de dar un paso, quiero saber qué ha sido de Morel. ¿Dónde está el mayordomo de Gyordzany?

—¿Le interesa mucho su paradero, Harris?

—A decir verdad, sí. No se paga medio millón de neodólares a una persona sólo por tomar el puesto de otro durante una semana.

—Entonces, ¿por qué aceptó? —preguntó Blake hirientemente.

—En primer lugar, era una oferta tentadora. En segundo, el señor Stohrer me garantizó que no sucedería nada grave. Ahora sospecho, no sólo que Morel ha sido asesinado, sino que me quieren hacer correr su misma suerte.

—Bah, fantasías suyas, Harris —rio Blake—. Morel está vivo…

—Entonces, ¿por qué hay otro mayordomo en casa de Gyordzany?

Blake miró fijamente al actor.

—De modo que ya lo sabe —dijo tras marcar una pausa de silencio.

—Sí. Hace pocos días fui deliberadamente a averiguarlo y me enteré de que Gyordzany está ausente y que tiene otro mayordomo. ¿Dónde está Morel, Blake?

De nuevo se produjo otra pausa de silencio. Súbitamente, Blake sacó una pistola y apuntó al actor.

—Dentro de muy poco lo sabrá usted —dijo torvamente—. El propio Morel se lo dirá… desde el otro mundo. ¡Camine, Harris!

El actor boqueó agónicamente, pálido como un difunto. Fue a decir algo, pero las palabras no le salían de la boca.

De repente, un sillón se deslizó a gran velocidad por el suelo de la estancia. Blake empezó a volverse, pero el mueble le alcanzó en las

piernas y le derribó violentamente.

El esbirro juró. Orlan saltó sobre él y le asestó un tremendo puñetazo en la mandíbula.

A continuación. Orlan se apoderó de la pistola.

—Yo estaba en lo cierto —dijo, sonriendo.

Harris se derrumbó sobre un sillón.

—Es cierto… que desempeñé el papel de Pierre Morel… —confesó.

—Y puso cierta droga en alguna de las bebidas del señor Gyordzany —acusó Orlan.

—Sí —admitió Harris, completamente desmoralizado.

—No creo que le pase a usted gran cosa —opinó el joven—. Pero tendrá que declarar cuanto sabe.

—Lo diré todo, todo —accedió Harris, mientras, sin perder de vista al inanimado pistolero, Orlan se acercaba al videófono. Había alguien que debía conocer el resultado de sus largas y fatigosas pesquisas, durante varias semanas.

* * *

Satisfecho, Stohrer encendió un grueso habano. Después de las primeras bocanadas, miró a su interlocutor y dijo:

—Asunto resuelto. Gyordzany está fuera de combate. Cualquier día de éstos anunciarán su muerte por senilidad prematura.

Pannilov se sentía un tanto aprensivo.

—¿No nos relacionarán con ese asunto? —dudó.

—¿Por qué iban a relacionarnos? Había un chantajista que se dedicaba a pedir dinero a sus víctimas, bajo la amenaza de volverlas viejas en pocas semanas. La policía buscará a ese chantajista, quien, por fortuna, está muerto desde hace tiempo.

—Siendo así…

—Así será —afirmó Stohrer rotundamente.

El videófono sonó en aquel momento.

—Dispénseme, Eugen —rogó.

Se acercó al aparato. La cara de Blake apareció inmediatamente en la pantalla.

—Todo listo, jefe —informó.

—Ah, ¿encontraste a Harris?

—Sí, y en un momento muy oportuno, porque había empezado a

pensar ya por su cuenta…

—Ron, los detalles, más tarde, en persona —cortó Stohrer.

—Sí, entiendo, jefe. Le veré en seguida.

—Aquí te aguardo, muchacho.

Stohrer cortó la comunicación.

—Más noticias buenas —dijo, exultante de satisfacción.

—¿Qué clase de noticias, Girdin?

—Tranquilidad absoluta y total garantía de una reelección —contestó Stohrer con énfasis.

* * *

Orlan cortó el contacto, una vez se hubo parado el aeromóvil. A su lado, Colleen sentía curiosidad por conocer una cosa.

—Dime, Kit, ¿cómo encontraste a Harris?

—Oh, no fue sencillo precisamente, pero lo conseguí. Puesto que todos los indicios acusaban la existencia de un falso Morel, al menos en la última semana de su existencia, se me ocurrió pensar en la posibilidad de un doble.

—Y acertaste.

—Sí, porque, de otro modo, ¿cómo, evitar las sospechas de Gyordzany? Con un mayordomo nuevo, se hubiera mantenido en guardia los primeros tiempos, hasta sentir confianza hacia él.

—Comprendo. —Otro aeromóvil aterrizó en aquel momento y la muchacha añadió—: Stohrer se va a llevar una enorme sorpresa.

—Para eso estamos aquí —respondió Orlan, a la vez que abría la portezuela del aparato.

Momentos después, un grupo de personas avanzaba hacia la casa. Orlan iba en cabeza y llamó a la puerta.

Emil Shavy abrió. Orlan manifestó sus deseos de ver a Stohrer.

—Ahora está muy ocupado —contestó el esbirro.

—Dígale que vengo a hablarle de algo relacionado con Gyordzany —manifestó Orlan.

Shavy dudó un momento. Luego, de súbito, dio media vuelta y echó a correr hacia el interior.

Orlan cruzó el umbral solo. A los pocos momentos, aparecieron Stohrer y Pannilov.

—He oído decir que quería usted hablarme de Gyordzany —dijo

Stohrer—. ¿Cuál es su nombre, señor…?

—Orlan —dijo el joven, impasible.

Stohrer hizo un esfuerzo por mantener la impasibilidad de sus facciones.

—¿Y bien, señor Orlan?

—He estado hablando con Albert Harris —dijo el joven.

—No conozco a ese caballero, señor Orlan.

—Albert Harris tomó la personalidad de Pierre Morel, aprovechándose de sus facultades de actor. Mientras desempeñaba el cargo de mayordomo de Gyordzany, aprovechó para poner cierta droga envejecedora en alguna de las bebidas que tomó el señor Gyordzany, del cual usted y sus amigos querían deshacerse, para evitar competencias en política.

—No entiendo nada de lo que usted me dice, señor Orlan; y si ha venido a insultarme…

—He venido a acusarle del asesinato de Pierre Morel, por lo menos —dijo el joven fríamente.

Pannilov se puso a temblar, pensando en el escándalo que iba a producirse cuando se conociese la verdad.

Orlan sonrió. Retrocedió un paso y abrió la puerta.

Blake, esposado, completamente abatido, entró, seguido de un policía de uniforme. Harris apareció tras él.

—Cuando Blake le dijo que todo estaba listo, señor Stohrer, yo le apuntaba con una pistola —declaró Orlan—. Pero lo ha dicho todo, absolutamente todo en relación con Pierre Morel.

Stohrer se desconcertó un momento, aunque se rehízo bien pronto.

—Habrá que probar tales acusaciones —dijo—. Tengo medios y abogados que defiendan…

—Blake lo ha declarado, de una forma que no deja lugar a dudas —respondió Orlan.

Pannilov se sentó en un sillón, cubriéndose la cara con las manos,

—Estamos perdidos —gimió.

Stohrer apretó los labios.

—Blake ha dicho también muchas cosas acerca de un tal Critton Sphax y de la «chronilina» del doctor Maurer —continuó Orlan, implacable—. ¿Quiere que siga?

Stohrer levantó la barbilla.

—Pasaré por unos momentos malos, pero saldré adelante —dijo—. Y

lo más importante, a fin de cuentas, está hecho ya.

—Usted se refiere al envejecimiento prematuro del candidato Gyordzany —sonrió Orlan.

—Así es —admitió Stohrer, sin pestañear.

—Muy bien.

Orlan volvió a abrir la puerta. Seguido de May y su sobrina, Miklos Gyordzany entró en la casa.

—¿Qué tal, Stohrer? —saludó el candidato con la sonrisa en los labios.

Stohrer se había quedado sin fuerzas para hablar. Mortalmente pálido, contemplaba a Gyordzany como si tuviera a un fantasma ante sus ojos.

* * *

Gyordzany ofrecía un aspecto magnífico, incluso mejor que varias semanas antes. Stohrer creía soñar.

—Pero, ¿cómo…? —balbució.

—Si me permite que se lo explique —sugirió Orlan.

Stohrer volvió la vista hacia Harris.

—No, no es un doble —sonrió el joven—. Simplemente, hemos hecho que el señor Gyordzany viaje hacia atrás en el tiempo, contrarrestando así el proceso de aceleración orgánica causado por la «chronilina».

—Vamos, no me diga que ha inventado una máquina del tiempo —bufó Stohrer despectivamente.

—Por supuesto que no; eso es algo imposible… aunque sí hicimos que el señor Gyordzany viajase en una astronave, que orbitaba en el espacio en el sentido contrario al de la Tierra y siguiendo una órbita sensiblemente paralela y muy próxima.

»La Tierra da una vuelta completa en torno al Sol en el plazo de un año. Gira, como todos saben, de Oeste a Este, por eso el Sol sale por el Este y se pone por el Oeste. La astronave ocupada por el señor Gyordzany volaba en sentido diametralmente opuesto, es decir, contra el tiempo.

»Naturalmente, al terminar su primera circunvolución, habría tenido un año menos…, pero era poca velocidad; debíamos emplear más, a fin da contrarrestar, repito, los efectos de la «chronilina». La velocidad orbital de la Tierra en torno al Sol es de veintinueve kilómetros y

ochocientos metros por segundo. Nosotros llegamos a alcanzar los quince mil por segundo, velocidad más que suficiente para que el señor Gyordzany recobrase la edad que tenía primitiva en el momento de ingerir la droga que le propinó Harris. ¿Lo entiende ahora, Stohrer?

—Viajar… contra el tiempo… —balbuceó el aludido.

—Exactamente —confirmó Orlan—. Si viajando en un sentido, se envejece, viajando en sentido opuesto, sucede lo contrario, es decir, se rejuvenece uno. Por supuesto, hay que viajar en una órbita muy próxima a la de la Tierra, a fin de no salirse del campo espacio-temporal del planeta. Pero, en síntesis, ésa es la operación, que se desarrolló con la colaboración de unas cuantas personas fieles y honestas. Todo lo contrario de lo que es usted y la camarilla a la cual pertenece, señor Stohrer —acusó Orlan contundentemente.

Pannilov movía la cabeza una y otra vez.

—Perdidos, estamos perdidos —repitió de nuevo.

—Cállate, imbécil. No podrán probamos nada…

—Quizá sea así, aunque lo dudo mucho. De una de las cosas que no dudo es que el señor Gyordzany será el próximo presidente de la Federación de Naciones de la Tierra.

—Y cuando llegue a ese puesto, la corrupción y la inmoralidad desaparecerán de raíz —prometió Gyordzany solemnemente.

Hubo un momento de silencio. De súbito, Stohrer pareció enloquecer.

—Conque cree que será el próximo presidente —dijo. Lanzó una súbita carcajada y, de modo inesperado, se lanzó sobre Shavy, arrebatándole su pistola.

Luego se volvió hacia Gyordzany. Lo hizo justo a tiempo de encontrarse con la pistola que Orlan había arrebatado a Blake. El arma llameó y Stohrer fue lanzado violentamente hacia atrás.

—Desagradable, pero necesario —comentó Orlan, al ver el cuerpo inmóvil de Stohrer tendido sobre el suelo.

* * *

—Gyordzany será elegido —dijo May—. Muchacho, no sé cómo agradecerle…

Orlan se echó a reír.

—El capítulo de gracias debe empezar por Minerva, que hizo de conejillo.

—Vaya un papel que me asignaste —protestó la aludida, presente en la reunión.

—No te disgusta haberlo desempeñado, ¿verdad? —sonrió Orlan—. También hay que dar gracias a Harvard, sin cuyos aparatos no hubiera sido posible…

Harvard no decía nada; parecía sumido en éxtasis, con la vista fija en su esposa.

—Bueno, el caso es que todo se ha solucionado —dijo el joven.

—De todas formas, a mí me asalta una duda —expresó Colleen.

—¿De qué se trata? —preguntó Orlan.

—Si Gyordzany, o Minerva, hubieran seguido en la nave que orbitaba en sentido contrario, ¿no habrían acabado por… por «desnacer», valga la palabreja?

—Más vale que no intentemos averiguarlo —respondió Orlan, prudente—, aunque puede que algo de razón sí debes de tener. A Minerva sí le quitamos cuatro o cinco años efectivos.

—¿Cómo lo sabes, Kit? —preguntó la actriz.

—Por tu aumento de peso, que correspondía a la época que mencionaste entonces.

Ella se quedó muy pensativa.

—Entonces, ahora tengo treinta y cuatro años —dijo.

—En lo físico, sí, aunque no en lo cronológico, claro.

—O sea que si volando a la velocidad de la Tierra, perdía un año, volando a una velocidad doble, me rejuvenecía dos.

—Así es, pero tanto en tu caso como en el de Gyordzany se necesitaba una velocidad muchísimo más elevada, para combatir el proceso de senilidad acelerada.

Por eso, con unas pocas semanas en el espacio, tanto tú como el candidato, habéis vuelto a vuestra edad normal.

—Y yo he ganado cuatro o cinco años.

—Efectivamente, y algo más.

Minerva volvió los ojos hacia el ingeniero.

—Sí, tienes razón —convino—. Sylv, ¿continuamos el viaje de bodas?

Harvard se puso en pie, agarró a su esposa de la mano y echó a correr con ella hacia la salida.

—¡Qué impaciente! —se escandalizó Colleen—. Ni siquiera le ha permitido repetir la pregunta.

May se echó a reír.

—Me voy, porque tengo la sensación de que aquí, dentro de poco, se va a formular una pregunta muy parecida —dijo.

Colleen y Orlan se contemplaron mutuamente.

—¿Qué te parece la sugerencia de mi tío? —preguntó ella.

—Me parece muy acertada. ¿Cuándo empezamos el viaje de novios, Colleen?

Ella le dijo una fecha. Orlan aceptó.

Poco después, estrechamente abrazados, Colleen, con voz ensoñadora, dijo:

—Querido, cuando empecemos a sentirnos viejos, ¿trataremos de rejuvenecer por medio de un viaje como el que hicieron Minerva y Gyordzany?

—¿Ya te preocupa la vejez? —rio él—. Mejor será que esperemos algunos años. Pero quizá en nosotros no dé resultado.

—¿Por qué, Kit?

—No habremos tomado «chronilina». Quizá ello influyó también, ¿comprendes?

—Es posible. De todas formas, como has dicho antes, no es hora aún de que nos preocupemos por nuestra vejez. Tenemos toda una vida por delante, Kit.

—Eso es lo que realmente importa —concluyó Orlan, atrayéndola de nuevo contra su pecho.

F I N

